

DONDE EMPIEZA
el LIMITE
J. NEGRI O'HARA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

J. NEGRI O'HARA

DONDE EMPIEZA EL LIMITE

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA



Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN
Dep. legal V. 1.142.—1960
EDITORIAL VALENCIANA.—VALENCIA
Núm. de Rgtro. 2.253.—1960

DONDE EMPIEZA EL LIMITE



CAPITULO PRIMERO

BASES INFERNALES

Desde que Tomás Wilden recibió el flamante título en la Academia Mundial de Pilotos Espaciales, habían transcurrido unos cuatro años aproximadamente.

Tal vez, este espacio de tiempo pudiera considerarse no excesivamente largo; más, si se tiene en cuenta que el lugar a que fue destinado, desde el principio, estaba clasificado como «B. E. Y. E. 2», la cosa variaba un tanto.

Conviene aclarar que Wilden obtuvo el segundo puesto de su promoción entre varios centenares de hombres seleccionados de todos los lugares del Mundo, y a los que rifo podía tacharse, desde luego, como retrasados mentales.

Algún informador despistado que asomó la nariz a una de estas «beye», publicó una información para el gran público, denominándolas «sucursales del infierno». Ello motivó un pequeño revuelo en los Congresos Mundiales, mas la Junta Mundial corrió un velo sobre el asunto y replicó con

un manifiesto en el que desmentía la anterior información, tildándola de «inexacta y sin base técnica alguna».

Y, en realidad, así era. Porque si el informador hubiese permanecido en una « beye» algún tiempo, hubiera podido comprobar que lo de «sucursal del infierno» no era lo más apropiado. Porque una «beye» era algo así como diez infiernos juntos.

Los hombres destinados a estas «Bases de Emergencia y Exploraciones» eran seleccionados cuidadosamente respecto a sus dotes físicas, valor, pericia y conocimientos. Lo lamentable es que eran sustituidos con cierta frecuencia. Pero no por ineptitud ni nada parecido, sino porque muchos de ellos no regresaban de las arriesgadas exploraciones o perecían en misiones de socorro a naves siniestradas en vuelo.

En cuanto a las dotes morales de estos hombres, la Academia Mundial no podía ser muy exigente. Ateníase tan sólo a estas premisas: inteligencia y valor.

La Base II a que pertenecía Wilden estaba enclavada en el Pacífico, en una pequeña isla más bien considerada como atolón. La isla Johnston comunicábase a diario con la Base Central por medio de un avión que transportaba la documentación y algunos encargos de urgencia. Mensualmente, un buque descargaba las provisiones y útiles pedidos, y zarpaba hasta el siguiente mes. La vida en la isla Johnston no era en verdad muy divertida.

Mandaba la Base un hombre duro y decidido, mitad científico y mitad soldado, cuyo apellido, Steel, parecía encajarle como un guante. Tres Oficiales Superiores y treinta pilotos, a más del personal técnico y subalterno, constituían la dotación. Y una serie de rígidas disposiciones en cuanto a disciplina hacían más acogedora aún aquella «repugnante ratonera», según expresión del propio Wilden.

Aquel día, no obstante, hallábase de buen humor. El día anterior había regresado de uno de aquellos monótonos vuelos de localización que eran el pan diario de la Base: naves comerciales que, desde cualquier ruta peligrosa, solicitaban prácticos que las condujeran a través del espacio.

Ahora estaba Wilden cómodamente recostado en la hamaca de lona ante su «bungalow», saboreando a pequeños sorbos un añejo «whisky» mezclado con soda, mientras un pequeño receptor le transmitía una cadenciosa música hawaiana.

Un apagado zumbido resonó en el interior de la vivienda. El aparato conectado con la Base lanzaba su llamada. A los pocos instantes apareció en la puerta el criado indígena.

—El jefe, señor; le llama urgentemente.

Wilden apenas se movió. Apuró el contenido del vaso y chasqueó la lengua complacidamente. Volviese hacia el muchacho.

—¿ Has dicho urgentemente ?—indagó con indolencia.

—Dijo inmediatamente, señor.

—Bien; trae la americana.

Quedó en pie como a desgana. «¿Qué diablos querrá ahora ?»—murmuró.

El criado le ayudó a colocarse la prenda y Wilden se encaminé al Puesto de Mando.

* * *

Al llegar al espacioso despacho vio la puerta abierta, y hasta él llegó la potente voz de Steel dirigiendose a otros que se hallaban dentro.

—...han tomado esta Base por un sumidero de inmundicias—decía—. ¡Por Júpiter, que van a oírme! Adelante, Wilden dijo al descubrir a éste en la puerta.

Penetró Wilden y quedó frente al sentado Steel. El jefe mostraba un gestó hosco y duro que sus hombres conocían muy bien. Algo no había agradado al «viejo», pensó Wilden.

Miró rápidamente a su alrededor y vio a los tres oficiales superiores que estaban en pie. Dirigió una mirada interrogativa al irritado Steel.

—¿ Me llamó, señor ? preguntó.

—En efecto, Wilden; le he llamado... Pero antes, respóndame. ¿Conoce al oficial superior Dan Carrell?

—Personalmente, no, señor. Sé de él tan sólo lo del salvamento de la nave «Titán» y el descubrimiento del lituminio en la zona de asteroides...

—Bien, bien—cortó Steel con evidente desagrado. Miró a los oficiales superiores reprimiendo un gesto de disgusto. Rezongó—: En realidad hizo algo antes de lo de Denisson.

Cogió un escrito que había sobre la mesa y habló dirigiéndose a Wilden.

—Puesto que no le conoce, le será más fácil hacerlo. Me comunican que Dan Carrell relevará a Raskim—señaló ligeramente al aludido—. Mañana llegará en el buque de aprovisionamiento. No ha querido hacerlo en el avión. Usted será el encargado de recibirle y conducirlo hasta aquí.

—Bien, señor.

—Y usted, Raskim, ordene al cocinero que prepare la comida especial de recepción. No podemos eludirla—se lamentó.

Era costumbre establecida recibir en las Bases a los nuevos llegados con una comida de camaradería que daba ocasión a una expansión muy necesaria y a trasegar el contenido de algunas botellas mientras se escuchaban noticias y rumores de «fuera».

—¿No es posible, señor—rogó Raskim algo titubeante—, que excusaran mi asistencia a esa comida? Desearía quedar en el barco en que he de partir.

—Lo sé, Raskim. Como también su gran amistad con Denisson. Yo

también desearía hacer lo mismo. Pero hay que resignarse.

Wilden miraba intrigado a ambos. Le extrañaba el deseo expresado por Raskim de no asistir a la comida, pues conocía la, gran capacidad de bebedor de Raskim y su jovial carácter.

—Sin embargo, señor...—intentó objetar este,

—¡ Por Dios, cállese de una vez !—estalló Steel con impaciencia—. ¿ Es que no va a poder contener las náuseas aunque sea por unas horas? Nosotros hemos de soportarlo más tiempo.

Raskim no replicó inclinó la cabeza con aire apesadumbrado.

Aquellas extrañas alusiones, y más tratándose de un oficial superior, sorprendieron a Wilden, y decidió mentalmente aclararlas por su cuenta. ¿ Quién sería Denisson y qué extraña relación le uniría a Dan Carrell?

—Decididamente, Wilden—la voz de Steel le sacó de sus pensamientos—. Usted le recibirá. Pero procure dejarle entrever algo respecto a lo desagradables que resultan en ocasiones las costumbres establecidas.

—¿ Algo más, señor?

—Dan Carrell será alojado en el «bungalow» junto al suyo. Será, pues, su vecino más próximo. Sé que no debería decirle esto, Wilden; pero debe eludir en lo posible el intimar con él y mucho menos depositar su confianza. No es recomendable como... compañero.

Y miró a los demás, y todos sonrieron extrañamente.

Wilden se retiró algo confuso, sin saber exactamente a qué se referían las enigmáticas palabras de Steel y las sonrisas de sus compañeros.

Esperó con impaciencia la llegada del día siguiente, confiando que entonces quedaría todo aclarado.

Pero no podía Wilden imaginar en absoluto, que, desde el momento en que conociera a Dan Carrell, los sutiles hilos del destinó comenzarían a unirse para envolverle en la red de una aventura portentosa.

El buque de aprovisionamiento llegó puntual al día siguiente. Era más que mediada la mañana cuando ancló frente a la entrada de la minúscula bahía. Durante el resto del día realizaría la descarga y zarparía al día siguiente.

Wilden llegó en la lancha a motor instantes después de la llegada. Ascendió la escala y saludó al capitán, a quien ya conocía de anteriores ocasiones

—¿Cómo está el jefe?—preguntó después el capitán con su vozarrón capaz de dominar un ciclón.

—Ya tendrá ocasión de comprobarlo, capitán —respondió Wilden sonriendo—. Naturalmente ¿asistirá usted a la comida...?

—¡Ah ! Pero ¿habrá banquete?

No pasó desapercibida para Wilden la sorpresa reprimida del capitán.

—Es la costumbre ¿no? ¿Acaso no ha llegado en el barco el oficial superior Carrell?

—Perdone, Wilden. Casi lo había olvidado. Y a usted le han endosado

el encargo de recibirle no es eso ?—indagó con velada ironía.

—Así es. Espero tenga la amabilidad de comunicárselo.

—¡ Steimber !—llamó el capitán a un marino que pasaba próximo—. Comunique al oficial Carrell que ha llegado para recibirle el piloto Wilden. Perdóneme—dijo a éste—; he de atender varios asuntos. En tierra nos veremos.

Y marchó, algo precipitadamente, según le pareció notar a Wilden. Esperó con cierta intrigada curiosidad la llegada de aquel hombre motivo de tan raras reacciones en los demás.

Imaginó se trataría de un hombre hosco, malhumorado, incapaz de una sonrisa o palabra amable. Sin contar, por supuesto, de que también le «adornaran» algunas otras dotes morales que hicieran imposible su convivencia con seres civilizados.

Distinguió al marino que fuera a avisar a Carrell que se aproximaban en dirección a la escala. Llevaba en una mano una maleta de piel y en la otra un pequeño cofre con refuerzos de metal en los ángulos.

Ante el gesto interrogativo de Wilden se detuvo.

—El oficial Carrell le agradece su atención, señor —le comunicó--. Pero le ruega comunique al jefe de la base que se halla indispuesto y desea permanecer en el buque hasta el atardecer.

—Pero...—intentó objetar Wilden. Mas, ante el gesto del marino, cine ya iniciaba el descenso para dejar el equipaje en el bote, le preguntó:

—¿ Cuál es su camarote?

—El tercero a la derecha, señor.

Murmurando algunas frases no muy agradables dedicadas a Carrell, marchó Wilden a grandes pasos en dirección al camarote indicado.

Ante la puerta se detuvo unos instantes. Golpeó con suavidad.

—¿Quién es ? —quisieron saber desde dentro. Era una voz bien timbrada, enérgica y rápida, que dejó sorprendido a Wilden. El esperaba una voz bronca y autoritaria, propia de un ogro intratable, y, sin embargo, la halló agradable.

Debía pertenecer a un hombre joven, capaz de amables frases y de conversación amena. Respondió:

—Soy el piloto Wilden, señor. He sido comisionado para recibirle...

—Me encuentro indispuesto. ¿No se lo han comunicado?

—Sí, señor—Wilden comenzaba a perder la tranquilidad—. Pero ¿es algo de cuidado? Desearía poder informar al jefe.

¿Por qué mil diablos no abría la puerta aquel testarudo? Resultaba de una grosera descortesía que Wilden no olvidaría.

—Pues, dígale eso... que estoy indispuesto. Al atardecer desembarcaré y haré mi presentación en el puesto de mando—replicó la voz con cierto deje de impaciencia.

—Así lo haré, señor. Mas... ¿y la comida? —Wilden hacía esfuerzos por contener la irritación que iba apoderándose de él. El rostro se le encendió

al soportar lo que él consideraba una ofensa. Estaba hablando con una puerta, no con un hombre.

—¿Qué comida?

¡Aquello ya era demasiado! ¿Por quién le tornaba aquel idiota de Carrell? ¿ Tal vez por un criado maorí? Le lanzó el insulto sin titubear ni un segundo. Pero su voz fue suave al decir:

—La comida de recepción, señor. Es costumbre establecida, como sabe. Y el señor opina que hay costumbres muy desagradables.

Antes de terminar ya estaba Wilden arrepentido de lo que estaba diciendo. No obstante, se sintió satisfecho al terminar.

Oyó una risita corta e irónica en el interior y, a continuación, una pregunta.

—¿Cómo dijo que era su nombre ?

—Wilden. Piloto Tomás Wilden—replicó con firmeza.

—Gracias. Puede marcharse.

Le despedía igual que a un criado. Wilden alejóse rápidamente, y, sin despedirse del capitán, penetró en la lancha y enderezó el rumbo hacia el embarcadero.

CAPITULO II

EL RELATO DE RASKIM

No hubo banquete de recepción. Steel, al tener noticias del recibimiento dispensado a Wilden, se limitó a rezongar:

—Aún le queda un resto de decencia.

Y su rostro mostró la satisfacción que le producía la favorable solución de aquel enojoso asunto.

Aquella noche, Wilden hallábase sentado en la hamaca, dejándose acariciar por la brisa nocturna. Todo parecía sumido en una paz intensa. Frente a él, el reflejo de la luna imitaba rápidas pinceladas, de plata en el

tranquilo mar. Del interior de la isla le llegaba el aroma de la tierra. Olores mezclados, en los que imperaba el olor salitroso del marismo.

Las levemente oscilantes luces de situación del buque de aprovisionamiento intentaban competir con las brillantes constelaciones, sin conseguirlo.

Wilden fijó la mirada en el firmamento y la dejó vagar por aquellos mundos dispersos, tan lejanos... Pensó por un segundo en el extraño individuo llegado en el buque. Ya tendría ocasión de contemplarlo. Al día siguiente sería la presentación oficial. Carrell relevaba a Raskim, y este era el comandante del grupo de diez pilotos a que Wilden pertenecía. Carrell sería, pues, su jefe inmediato. Y el le había lanzado aquella frase... Pero se la tenía merecida.

Unos suaves pasos en la gravilla fueron aproximándose. Sin cambiar de postura, Wilden miró de soslayo en aquella dirección. Le gustaba permanecer a oscuras en aquellas horas contemplativas, y su mirada, acostumbrada a las tinieblas; vislumbró la silueta del que se acercaba.

La sombra quedó a unos pasos de distancia.

—Buenas noches, Wilden—saludó la voz de Raskim—. ¿ Puedo acompañarle?

El hecho de hallarse en aquella isla apartada, hacía que los hombres de la «Beye II» se trataran con camaradería en sus horas libres, sin el protocolo que el servicio exigía.

—Encantado, Raskim. Acerque el sillón y sírvase un trago—le invitó Wilden indicando la mesita auxiliar.

Quedó sentado Raskim, y Wilden oyó el burbujeo de la soda en el vaso. El otro tomó un sorbo y le ofreció un cigarrillo.

—Hermosa noche ¿ verdad ?—dijo en tono ligero—. Mañana dejo el islote, Wilden.

—Me alegro por usted y lo siento por nosotros. Ya sabe...

—El está ahí—afirmó Raskim sin señalar ningún lugar determinado. Mas Wilden sabía que se refería a Carrell. Raskim continuó—: La proximidad de las serpientes es inquietante. No lo olvide, Wilden.

Callaron unos instantes. Una estrella fugaz cruzó rauda por la bóveda azul-negra dejando una breve estela que se apagó instantáneamente.

Como sin darle importancia, lanzó Wilden una pregunta:

—¿Quién es Denisson?

Siguió una larga pausa, densa y posesiva. Al fin, Raskim murmuró apagadamente:

—¿ Denisson ? ¿Por qué lo pregunta, Wilden?

—Muy sencillo. Oí ayer pronunciar dos veces ese nombre relacionándolo con Carrell. ¿ Quién es?

—Era. Ya no existe, Wilden.

—¿Que no existe? ¿Entonces...?

—Fue asesinado por Carrell durante una misión que realizaron juntos.

Wilden aspiró una bocanada de humo y la expulsó lentamente. La mano libre la tenía crispada sobre el brazo de la hamaca, mas Raskim no podía verla. Con los músculos tensos, pero sin denotarlo en absoluto, aventuró:

—No comprendo. Debieron separarlo del servicio y juzgarlo... ¿ No lo hicieron?

—Es largo de explicar, Wilden. Esta noche apenas tengo sueño. Tal vez sea por ser mi última noche en Johnston. ¿ Está muy cansado ?

—En absoluto. Estaría aquí toda la noche con tal de conocer esa historia...—insinuó.

—Nuestra vida es dura, Wilden—opinó Raskim sin parecer hacer caso de la insinuación—. Hoy estamos aquí, y mañana... ¿quién sabe? ¿ No ha pensado nunca cuál será nuestra última...? En fin, no quisiera aburrirle. Pero puesto que muestra interés por saber algo de Denisson... ¿Quedan «whisky» y cigarrillos ?

—Creo que sí.

—Pues, entonces... Escuche.

Y en la tranquila noche de una lejana isla del Pacífico, Wilden comenzó a escuchar la enigmática historia de Denisson, el hombre a quien no conoció.

* * *

—Cuando conocí a Denisson él ya era oficial superior—comenzó diciendo Raskim—. Yo entonces era piloto. Fui destinado, junto con él, al segundo grupo de la «Beye IV». Carrell también era piloto en el mismo grupo, y la llegada de Denisson cortaba por algún tiempo sus aspiraciones de ascenso. Era Denisson un hombre de talla mediana y fuerte contextura; su hirsuto cabello rojizo y el prominente mentón dábanle una apariencia más bien ruda. Sabía más que todos nosotros juntos de vuelos espaciales. Todo el tiempo libre de que disponía lo` dedicaba al estudio y la investigación. Nunca después he conocido a otro hombre de más sólida cultura que la suya. Había quien afirmaba que había penetrado en zonas inexploradas del espacio mucho más allá que ningún otro ser humano. Sin embargo, él era de una modestia tal que eludía hablar de ello.

Raskim tomó una pequeña pausa para encender un cigarrillo. Continuó:

—Los hombres del grupo llegamos a tomarle gran afecto. Era afable con todos y un compañero más que un jefe. En cierta ocasión...—la mirada de Raskim pareció vagar por las tinieblas como buscando en sus recuerdos—. Bien, usted puede que no recuerde lo que voy a decirle. Un cometa desconocido fue localizado en la Quinta Línea espacial. El examen espectroscópico de aquel cuerpo denunció en él la existencia de un metal

desconocido. Aquello puso en-movimiento al personal de todas las «Beyes». Pero ¿conoce misión más suicida que la de captar información volando sobre la ruta de un cometa?

—En cierto modo, algo así corno encender un cigarrillo en el cráter de un volcán en erupción—aseveró Wilden.

—Algo peor es lo otro. Denisson recibió orden de realizar una exploración para conseguir datos respecto al cometa. Carrell y yo fuimos nombrados por él para acompañarle. Wilden, no desearía a mi peor enemigo la décima parte de las dificultades y peligros que hubimos de arrostrar. Aquel maldito corneta costó a la Organización varias decenas de pilotos. Nosotros pudimos regresar con valiosa información, gracias a la pericia y sangre fría de Carrell, y al valor derrochado por Denisson.

El chorro a presión de la soda en el vaso pareció atronar el silencio. Raskim bebió un sorbo y prosiguió:

—Creo personalmente que a partir de aquello se inició entre Denisson y Carrell la sorda rivalidad que habría de terminar en tragedia. Mas no precipitaré el orden del relato. Los informes obtenidos por los distintos grupos de exploración dieron la seguridad de que en el cometa existía un metal más ligero y resistente que el empleado en nuestras astronaves, y, sobre todo, de una resistencia incalculable a la incandescencia por fricción. Ya puede imaginar la importancia de tal descubrimiento.

—Creo que está refiriéndose al lituminio— aventuró Wilden.

—En efecto. ¿Qué hombre de más sólido prestigio y conocimientos podía buscar la Organización para lo que pretendía? Denisson fue nombrado para adentrarse en la zona de procedencia del cometa y tratar de describir en los planetoides de aquel espacio inexplorado la existencia del metal desconocido. El mismo Denisson eligió a Carrell para acompañarle. Ellos mantenían entre sí un trato cortés, aunque, como ya le he dicho, existía una oculta rivalidad.

—¿Llegaron a demostrarla en alguna ocasión? —inquirió Wilden.

—Al contrario—sonrió amargamente Raskim—. Eran lo suficientemente dueños de sí mismos y correctos como para no darlo a conocer. Aparentemente daban a entender la gran admiración y respeto que sentían uno por otro. Prosigo. Los preparativos para la gran expedición fueron ultimados rápidamente. Próxima la partida, tuve ocasión de charlar con Denisson.

—Raskim—me dijo--; estoy tan entusiasmado con esta expedición que apenas pienso en los riesgos.

—Existen y no pocos—le repliqué.

—Es natural. Pero, ¿cómo explicarlo?, esto cristaliza el afán de toda mi vida. ¡Una expedición cuya finalidad puede ser tan importante para nuestro mundo...! ¡Y haber sido elegido para ello...! Raskim, esto es más de cuanto un hombre puede ambicionar.

—Sin embargo—intenté frenar su entusiasmo—, el viaje es a largo

plazo, y las rutas son desconocidas...

—Ello es, precisamente, su mayor atractivo ¿ no lo comprende?

—Puede que sí—asentí sin gran convicción—. Desde luego, caso de triunfar, sería usted una celebridad universal. Independientemente de que se habría ganado el mando de una «Beye».

Me miró profundamente a los ojos. Una mirada desconcertante, que me produjo desazón e inquietud.

—¿Tanto importa eso?—me preguntó con lentitud, en tono levemente despectivo. Y dirigió la vista hacia el cielo en muda. abstracción.

—Es posible que a Carrell sí le importe—dije premeditadamente, molesto por el acento empleado.

—Carrell es hombre que sabrá descubrir la belleza de esta aventura—aseguró algo secamente.

* * *

Raskim quedó silencioso tras aquella explicación. De nuevo la reanudó:

—¡ Pobre Denisson !—murmuró como hablando consigo mismo—. El hombre a quien él así consideraba, habría de pagarle después con la más repugnante traición.

Wilden permanecía atento escuchando las palabras de Raskim. Este iba descorriendo lentamente el velo del misterio que envolvía la fría recepción dispensada a Carrell aquel día.

—Finalmente, partió la nave espacial llevando a Denisson y Carrell—la voz de Raskim sonaba apagadamente—. Transcurrió algún tiempo en que mantuvieron contacto con la Tierra por medio de ondas. Más adelante quedaron incomunicados. Y transcurrieron varios meses sin noticias, hasta que se dieron definitivamente por perdidos.

Escuchaba Wilden anhelante. Intuía que se aproximaba el fin de la narración de Raskim. Este continuó:

—Cierto día estábamos realizando un servicio de fijación de rutas en la Línea Central. Los aparatos anunciaron la presencia de un artefacto en la décima coordenada. No era ruta comercial ni de viajeros y ello nos extrañó. Fueron destacadas .dos naves con la misión de localizar el cuerpo extraño. Yo pilotaba una de ellas. Vimos con asombro a la nave de Denisson adentrarse en una zona de asteroides. Evidentemente no pretendía seguir las rutas conocidas. Intentamos comunicar con los tripulantes, sin conseguirlo. Hasta que, agotados todos los intentos, dirigimos a la nave las ondas de envoltura y pudimos conducirla hasta la Tierra.

Calló Raskim, y en la nocturna quietud pudo oírse la respiración jadeante de Wilden.

—¿Y después... ?—preguntó con un hilo de voz.

—Fue abierta la nave. ¿Sabe lo que hallaron dentro? El cuerpo de Carrell inconsciente, o por lo menos lo imitaba muy bien. Algunos instrumentos de dirección y deriva destrozados violentamente, como en una lucha; entre ellos, el cuadro automático de itinerario que, como sabe, hubiera indicado la ruta total seguida por la astronave. También hallaron un perfecto plano, trazado por mano de Denisson, de los dos planetoides que contenían el metal buscado. ¡Ah!

Y abundantes muestras de lituminio. La expedición había constituido un rotundo éxito bajo ese aspecto. ¡Pero Denisson había desaparecido!

—¿Qué explicación dio... ?—preguntó Wilden sin atreverse a pronunciar el nombre.

—Ninguna. Por lo menos, ninguna coherente. Fingió por algún tiempo hallarse trastornado mentalmente, y después, habló de fallos en los controles, de la nave extraviada en zonas inexploradas, y de haber -llegado finalmente a un planetoide desconocido. Quiso convencer a todos de que Denisson quedó en él por propia voluntad y que, al obligarle él a que salieran en la astronave, Denisson le atacó dejándole inconsciente. Y que no recordaba nada más. Un perfecto cínico.

—¿No hubo investigación?

Sí, hombre—respondió Raskim con punzante ironía—; naturalmente que la hubo. ¿Y qué quiere? Sólo hallaron señales de lucha en el interior de la astronave y... nada más. Carpetazo al asunto. El metal había sido hallado ¿no? ¿ Qué importaba un Denisson más o menos ? —Raskim hablaba ahora con amargura—. Carrell fue ascendido y reincorporado al servicio. En todas las «Beyes» goza de fría acogida, y además le han colgado una leyenda. ¿Lo sabe?

—No—musitó Wilden—. ¿Cuál es?

—El de ser pájaro de mal agüero. Siempre que llega a una «Boye» dicen que poco tarda en seguirle la orden de alguna peligrosa misión que cueste algunas vidas. Parece que la muerte vaya tras él...

—O que él la busque—finalizó Wilden reflexivamente.

—¡Quién sabe...! Be todas formas, Wilden, no confíe en el.

Raskim se incorporó lentamente y Wilden le imitó. En silencio, como viejos camaradas, se abrazaron.

—Hasta la vista, Raskim.

—Que la suerte le acompañe, Wilden.

La noche, muy avanzada, había extendido totalmente su negra cabellera adornada de parpadeantes estrellas. La luna parecía haberse sumergido en el mar. Y mientras los pasos de Raskim alejábanse en la noche, Wilden miró hacia el rectángulo luminoso de la ventana del «bungalow» ocupado por Carrell.

El también, como ellos, permanecía despierto.

CAPITULO III

DAN CARRELL

Desde el campo de despegue de la Base, un grupo de pilotos contemplaba, al día siguiente, la silueta del buque de aprovisionamiento que se balanceaba suavemente a la entrada de la bahía.

Un aullido estremecedor hendió la placidez de la mañana. El buque anunciaba su salida, y la leve columna de humo gris que ascendía de su chimenea se hizo aún más densa y oscura.

Wilden formaba parte del grupo y contemplaba también, con cierta nostalgia, la partida del barco.

—Bien; ya se marcha Raskim. Excelente sujeto—manifestó uno de los pilotos.

—Sí—reconoció otro—; magnífico en verdad. ¿Perderemos con el cambio?

Siguió un corto silencio durante el cual pareció quedar flotando la pregunta. Al fin, habló el audaz piloto Kranler:

—Corren extraños rumores respecto al nuevo oficial superior Carrell. Supongo serán habladurías—opinó, y su áspero y agudo perfil de gavilán inició un esbozo de sonrisa.

—Sí; algo he oído de eso—afirmó Cassale, el más joven y, jovial del grupo—. La envidia es mala consejera, amigos.

Escuchaba Wilden estos comentarios, mientras su imaginación trataba de imaginarse al hombre objeto de ellos. Poco a poco iba apoderándose de él una gran curiosidad por conocerle.

Corto tiempo quedaba para que sucediese tal cosa. El motivo de hallarse congregados allí todos los pilotos a tan temprana hora no era otro que el de la presentación reglamentaria del nuevo oficial superior.

La puerta del Puesto de Mando fue abierta, y la figura de Steel quedó encuadrada en el hueco. Tras él vislumbrábase otra alta figura en la penumbra. Los pilotos se reagruparon y adoptaron una formación más disciplinada.

Los dos oficiales superiores que conversaban algo apartados uniéronse a la formación, quedando cada uno de ellos al frente de su grupo respectivo. Sólo el grupo a que pertenecía Wilden quedó sin mando. Para ello estaba destinado el recién llegado.

Mientras de rápida ojeada observó Wilden cómo el barco de aprovisionamiento iba convirtiéndose en un lejano punto humeante en la extensa sábana azulada, comprobó también que Steel se aproximaba con firmes pasos.

Y a escasa distancia, a su izquierda, pudo ver por primera vez a Carrell. Sintió un estremecimiento inexplicable. Algo parecido al estupor le sobrecogió, y su mirada, fija, asombrada, no podía apartarla del hombre que se acercaba junto con Steel.

Porque Dan Carrell, el hombre acusado de haber cometido la horrenda felonía con su compañero Denisson, estaba causándole esa primera impresión imborrable que ya nunca, nunca, puede olvidarse después.

Dan Carrell presentaba, a los ojos de Wilden el aspecto del hombre con más personalidad, inteligencia, audacia y nobleza, que el hubiera conocido jamás. Había tal fría e insoslayable autoridad en su porte, que Steel, a su lado, más parecía un angelito.

Quedaron detenidos frente a los grupos formados. Steel habló con voz rápida. Evidentemente deseaba terminar cuanto antes aquella para él enojosa formalidad.

—Señores—anunció—; el deber de hacerles la presentación del nuevo oficial superior Dan Carrell. Ostentará el mando del tercer grupo. Y ahora, Carrell, haga el favor.

Todos percibieron la ligereza con que hablaba Steel, y que había recalcado la frase «tengo el deber» en lugar de otra fórmula algo menos fría.

El alto cuerpo de Carrell permanecía inmóvil junto a él. Su rostro inmutable parecía tallado en piedra, y sus oscuras pupilas estaban fijas, como ausentes, más allá del grupo de hombres, como buscando algo en el infinito azul del mar o del cielo... Y en sus labios flotaba, casi imperceptible, algo así como una sonrisa desdeñosa.

Al oír la última indicación de Steel, dio unos largos y tranquilos pasos, quedando frente a los dos oficiales superiores que habíanse separado de los grupos.

Wilden no perdía de vista ni uno solo de los detalles, como si se hallara en un momento vital para él. Vio cómo Steel hacía un gesto a Carrell, y oyó a éste pronunciar unas cortas frases de cortesía. Pero ninguna mano se extendió para estrechar la suya.

A continuación, Steel y Carrell llegaron frente al tercer grupo.

—Estos son los hombres que estarán a sus órdenes—informó Steel—. Todos de probada capacidad. Confío en que podrá comprobarlo. Cassale..., Blendell..., Kranler..., Wilden...

Carrell escuchaba como distraído las presentaciones. Mas al

pronunciar Steel el último nombre, su rostro pareció animarse.

—¿ Wilden ?—preguntó.

—Sí ; piloto Wilden—repitió Steel—. El mismo que fue comisionado para recibirle a su llegada.

Fue sólo un segundo. La mirada quedó- fija en los ojos de Wilden, y éste hubo de reprimir un estremecimiento que pareció recorrerle la medula. Porque la mirada de Carrell tuvo la dureza y frialdad de la del hombre que recuerda una grave ofensa. Y también, paradójicamente, el hondo, el profundo reproche de un alma injustamente maltratada.

Aquella mirada, viniendo de un hombre capaz de eliminar fríamente a un compañero, no era para producir alegría precisamente, y Wilden se sintió poseído por un extraño malestar.

Carrell continuaba frente a él. En un repentino impulso inexplicable, Wilden extendió su mano.

—A sus órdenes, señor—dijo.

Tras un brevísimo titubeo, y mientras por los rostros de los demás cruzaba un relámpago de sorpresa, Carrell estrechó la mano la única mano amistosa—que se le tendió.

Al terminar la breve ceremonia de la presentación, fue nombrado el servicio. Wilden fue destinado a una monótona misión de escolta a naves comerciales. Y no pudo ver más, durante el resto del día, al oficial Carrell. Ni durante los veinte o veinticinco días siguientes tampoco, mientras le duró la misión encomendada.

* * *

Un mes después regresaba a la Base. Llegó cansado y deprimido. La severa alimentación en cápsulas y comprimidos a que obligaban los vuelos espaciales, siempre le causaban el mismo efecto. Y los puntos a que hubo de llegar con las naves comerciales ya no podían mostrarle nada nuevo.

Ansiaba hallarse ante su «bungalow» recibiendo la fresca brisa del Pacífico y fumando un cigarrillo ante un vaso de excelente «whisky» escocés, después de haber saboreado una comida autentica de alimentos plásticos con abundante ración de verduras frescas.

Luego de entregar el parte de vuelo, marchó rápidamente a su alojamiento, después de avisar su llegada al criado maorí. No pudo ver en la Base a Carrell, ni preguntó por él. Le supuso en alguna misión de servicio.

Al llegar a su alojamiento, ya el muchacho maorí teníale preparado el baño y Wilden se sumergió en él con deleite.

La comida, servida a continuación, fue engullida por Wilden con tal avidez y abundancia que rayó en atracón.

Aquello le reconfortó. Recostándose en el sillón con aire satisfecho, contempló el exterior a través del ventanal. Al intenso anaranjado del

atardecer iba sucediendo, rápida e insensiblemente, un maravilloso tono cárdeno que parecía fluir por Occidente. Aquel luminoso color iba convirtiéndose en azul suave cada vez más intenso, y algunos tímidos puntitos brillantes pugnaban por abrirse paso en aquella naciente oscuridad.

Wilden no fue insensible al encanto de aquella noche tan próxima.

—Tamotu—llamó al criado con voz indolente—. Lleva la hamaca a la terraza, y algo para beber.

Ya estaba sentado a la puerta del «bungalow» frente al mar y al firmamento estrellado. La noche envolvíalo todo, y hasta él llegaba el rumor de las olas mezclado a otra melodía casi inaudible, que le llegaba con el aire.

El punto luminoso del cigarrillo semejaba, en la oscuridad, un extraño insecto de fuego.

No podría decir cuánto tiempo llevaba sumido en aquella especie de éxtasis, cuando oyó el roce de suaves pasos, algo alejados, a espaldas suyas. Fueron aproximándose lentamente hasta quedar detenidos muy cerca.

—¿Deseas algo, Tamotu ?—inquirió Wilden sin moverse.

No recibió inmediata contestación, por lo que repitió con algo de impaciencia:

—¿Qué deseas ?

La voz que respondió entonces no fue la de Tamotu, sino la de Carrell, profunda y tranquila, no exenta por ello del agradable acento que Wilden descubriera en principio.

—Buenos noches, Wilden. Paseaba, y la lumbre de su cigarrillo me orientó hacia aquí.

Dejó de hablar. Wilden se incorporó sorprendido. En la penumbra distinguió la alta silueta de Carrell con una mano en el bolsillo y la otra sosteniendo un cigarrillo encendido.

—Bien... Encantado...—pudo balbucear, sintiéndose presa de rara turbación—. ¿Quiere sentarse un rato? ¡Tamotu!

El criado colocó en silencio un sillón de mimbre frente a la hamaca. Volvió de nuevo con un vaso que dejó en la mesita.

—Puedes retirarte, Tamotu. No te necesitaremos ya dijo Wilden, e inesperadamente le vino al pensamiento una frase parecida que le dijera Carrell en el buque.

Al retirarse Tamotu, siguió un silencio embarazoso. Carrell, muy tranquilo, tomó asiento y aspiró largamente del cigarrillo. La fugaz intensidad del pequeño punto de fuego iluminó su rostro con un halo rojizo, fantasmagórico.

—Sírvase a su gusto, por favor—rogó Wilden aproximándole el vaso vacío, haciendo algo por romper aquel silencio.

—¿Con seltz ?—quiso saber, disponiéndose a servirle.

—No, gracias—cortó la acción Carrell con breve gesto—. Lo prefiero así.

Bebió un sorbo y lo paladeó:

—Excelente «whisky—reconoció—. ¿Cómo se hace con el?

—El buque de aprovisionamiento suministra los encargos que se le hacen. No muy rápidamente, desde luego.

—¡Ah !

Nuevamente el silencio batió sus negras alas sobre los dos hombres. Lejano y adormecedor oíase el apagado rumor de las olas.

—¿Qué tal resultó el servicio ? —preguntó Carrell ligeramente.

—Bien... Ya sabe; escolta por rutas conocidas. Monotonía...

—Sí. Esa es la palabra... Monotonía...—admitió Carrell.

Al cabo de una larga pausa, agregó:

—¿ Ha efectuado alguna vez exploraciones por zonas desconocidas?

—Desde luego—se apresuró a responder Wilden—. ¡Es espantoso!

—¿ Puedo saber dónde?

—Naturalmente. La primera misión de ese tipo que me encomendaron fue hace tiempo. Una nave de la Línea Azul, perdido el control, salió de su ruta. Dejaron de recibirse sus mensajes y salieron dos aeronaves en su busca. Junto con Kranled yo piloté una de ellas. Pudimos localizarla en ese paraje tan extenso e infernal de los braditas errantes...

Carrell no hizo manifestación alguna. Permanecía como ensimismado, y Wilden sentíase observado en la oscuridad por aquella mirada penetrante.

—Hubo otra exploración anterior—dijo algo precipitadamente—. Fue cuando se hablaba del lituminio...

Calló de repente. ¿Qué desgraciada torpeza le hizo pronunciar aquella palabra? Lituminio. El metal que fue causa de la muerte de Denisson a manos de...

La voz de Carrell resonó en la noche con insinuante acento:

—Continúe. Fue tan... terrible también esa misión.

El acento empleado por Carrell fue profundamente sarcástico, y resulté para Wilden tan hiriente y mordaz, que enrojeció de rabia. El otro demostraba haber utilizado para con el la misma benévola condescendencia burlona que hubiera empleado un cazador de leones salvajes con un chico que le relatara la caza de un insecto.

Ello le irritó. Y sin pensarlo un segundo, con la misma impremeditada rapidez con que ya lo hiciera anteriormente en el buque, replicó, insultante:

—Tal vez no llegó a ser tan terrible como la expedición Denisson.

Quedó espantado tras decir aquello. Esperó, ansioso, la reacción de Carrell. Lo esperó todo. Desde la repentina marcha de aquel hombre sin una palabra de despedida, hasta el insulto directo y la agresión.

Pero lo que sobrevino le dejó perplejo y sorprendido. Y un poco corrido también.

Porque, desde el lugar que ocupaba Carrell, le llegó la misma risita corta e irónica que ya oyera en otra ocasión, y a continuación las tranquilas palabras.

—Sí... aquello fue... espantoso. Perdone, Wilden; no quise molestarle.

Tal vez mis palabras le hayan herido. No fue esa mi intención, créame. Es posible que yo me encuentre dolorido por varias causas y resulte a veces mordaz y hasta grosero. Pero no contra usted, por Dios. No puedo olvidar que fue el único que me tendió la mano al llegar, pese a todo.

—Discúlpeme, Carrell. Estos malditos vuelos me dejan con los nervios deshechos.

—Es natural. Son insoportables, lo comprendo. No Ocurre así con los vuelos de exploración,' en que se posee absoluta autonomía. Y luego, los peligros insospechados..., el espectáculo de los espacios desconocidos... Y el insano, pero embriagador orgullo, de que nunca, jamás, otros hombres hayan llegado al mundo ignorado que hollamos por primera vez...

Al hablar, parecía poseído por un místico arrobamiento. Wilden escuchábale, admirado. Carrell continuó:

—¿Qué importan las ruindades humanas? ¿Qué importan las ironías, los desprecios de los demás, ante lo que ellos ignoran? Queda lo que se ha visto, lo que se sabe, y hay como una embriaguez maligna en reservárselo para uno mismo.

Se detuvo para tomar otro trago. Aquella vez Wilden calculé la cantidad del líquido por la duración del sonido al verterlo.

Bebió Carrell un largo trago y prosiguió con palabras exaltadas:

—Puede creerme, Wilden. Hay tal atracción en esas regiones inexploradas, que el hombre que llega a gustarla será por siempre un hombre perdido. Después de gozar de ella, las cosas de la Tierra, como usted mismo ha dicho, resultan de una monotonía y ruindad que crispan los nervios. Yo he gustado esa atracción y estoy preso en ella. Denisson también lo estaba. Me lo confesó una noche como esta, muy lejos de aquí, antes de que yo le...

—¡Se lo ruego, Carrell!—casi gritó Wilden, horrorizado, atajándole—¿ Cree necesario explicar... aquello ? Tal vez le resulte conveniente descansar. Puede que el alcohol le haya excitado...

—No he bebido apenas, Wilden—le tranquilizó Carrell—. A veces los hombres necesitamos desahogarnos. Usted, lo, sé, ha oído decir que asesiné a Denisson. Nada más. Y yo deseo, no sé porqué, explicarle... Escúcheme—las palabras tenían algo de ruego y Wilden oíalas sobrecogido—. Denisson y yo fuimos dos buenos camaradas hasta que ocurrió, aquello. No hubo en ello nada de lo que creen todos ésos—su amplio ademán desdeñoso pareció abarcar toda la isla, la Tierra toda—; ¡no, por Dios, qué asco! Fue algo más sublime, y usted llegará a comprenderlo...

En la apacible noche, no turbada por otro rumor que el del mar, bajo la parpadeante magnificencia de un cielo excepcionalmente estrellado, Wilden comenzó a escuchar la alucinante historia.

CAPITULO IV

LA EXPEDICION CARRELL

El relato de Carrell no fue ni muy extenso ni rico en detalles, sino lacónico, seco, impersonal al principio; no desprovisto, sin embargo, de un fondo de amarga tristeza.

Refirióse ligeramente a los detalles anteriores a la aventura; a su amistad con Denisson, a sus anhelos secretos, a la fuerte personalidad de Denisson, que la irradiaba a cuantos le trataron. Aquellos mismos detalles que ya conocía Tilden contados por boca de Raskim.

Y luego, cada vez dando mayor emoción a sus palabras, asombró a Wilden con la narración de las escalofriantes situaciones en que se vio envuelto junto con Denisson; hasta que, con frialdad sobrecogedora, llegó al terrible momento en que Denisson llegó a dejar de ser oficial superior espacial.

Cuando terminó Carrell de hablar, ya la noche se hallaba muy avanzada. Siguió un silencio de esos solemnes que suceden a las grandes revelaciones.

El cerebro de Wilden trataba de abrirse paso en aquel terrible

caos en que le sumiera la espantosa narración.

—¿Así pues... Denisson...?—pudo balbucir, sin saber exactamente terminar la pregunta.

Carrell limitóse a sonreír en la oscuridad.

Wilden vio brillar su blanca dentadura al hablar.

—Sí—afirmó vagamente Carrell—. Sólo tres personas en la Tierra conocen estos detalles: el jefe supremo aeroespacial, usted... y yo. Suelo equivocarme, Wilden, pero creo que en esta ocasión no ha sucedido así al hacerle partícipe de este secreto.

Wilden dominó un escalofrío.

—¿Por qué?—preguntó.

—Porque llevo años tratando de hallar dos hombres capaces de acompañarme. He recorrido varias «Beyes» para ello. Tengo autorización superior para realizar la exploración tan pronto los encuentre. Aquí la tengo—mostró un sobre azul que guardó nuevamente—. Hasta ahora, sin gran confianza, he realizado ligeros vuelos de exploración con objeto de probar a los que creí capaces. Eran seres vulgares. Algunos perdieron la vida, y ello ha dado motivo a una ridícula leyenda que usted conocer seguramente.

Quedó unos segundos en silencio como esperando confirmación a sus palabras. Wilden únicamente pronunció una palabra apremiante en la que podía notarse la tensión nerviosa que le dominaba:

—Prosiga.

—Estos hombres han de reunir condiciones esenciales. Los dos han de ser capaces de silenciar lo que vean si así se estima necesario. Además, uno ha de ser experto magnetometrista. Las zonas a explorar son muy peligrosas en radiaciones. El otro ha de reunir pericia demostrada, valor y... dureza de corazón. Usted puede ser este último. Conozco su hoja de servicios.

—¿ Es una propuesta...?

—Lo es. No puede ser una orden. Con muchas probabilidades, el riesgo es... mortal. La condición indispensable es que han de ser voluntarios con conocimiento de lo que arriesgan.

—Y si no aceptara...

—Me habría equivocado. Pero creo haberle dicho antes que, si conozco algo a los hombres, usted no se negará.

—Gracias. ¿ Cuándo sería la partida?

En la oscuridad, una mano buscó la de Wilden y se la estrechó con fuerza. Quedaron unos momentos con las manos cogidas sin hablar palabra. A continuación, dijo Carrell:

—Falta aún hallar al tercero. Puede que transcurra algún tiempo antes de dar con el. Es difícil: La aeronave que utilizaríamos sería, una «SL» de gran radio, con doble mando y cabina de magnetómetros.

—Yo conozco al que puede ser el tercer hombre.

—¿ En esta Base?

—Sí.

—¿Su nombre?—preguntó Carrell Con vehemencia.

—Kranler.

—¿Ese de perfil de gaviota que estaba junto a usted en la formación?

—Exacto. Es hombre con nervios de acero, profundos conocimientos de magnetometría y capaz de ir al propio infierno si en ello existe algún riesgo.

—Pudiera ser el hombre necesario. ¿Cree que aceptará?

—Déjelo de mi cuenta. Si él supiera que lo había dejado en tierra para esta aventura, sería capaz de romperme la crisma al regreso.

—Si regresamos—hizo notar Carrell sentenciosamente.

—Es natural; si regresamos—aceptó Wilden con una sonrisa--. Puede disponer lo necesario, Carrell. La expedición está completa.

—Ya ultimaremos detalles. Se nos ha hecho muy tarde. Hasta mañana, Wilden.

Ya estaba Carrell de pie dispuesto a marcharse cuando Wilden le preguntó inesperadamente:

—¿Puedo hacerle una pregunta, Carrell?

—Desde luego. Hágala.

—¿Qué le ha hecho suponer que poseo dureza de corazón ?

—¡Ah!

La risita irónica, esta vez en tono más divertido, llegó hasta Wilden que esperaba la respuesta.

—Es difícil de explicar. Verá, Wilden—respondió Carrell—. La frialdad de corazón es a veces la coraza que utilizan los hombres de grandes sentimientos. De los que son capaces de sacrificar la vida y el honor por un mundo, por un amigo o... por el amor, en fin.

—¿Como usted mismo? —insinuó Wilden mirándole fijamente.

El otro le devolvió la mirada con igual fijeza. Hubo un algo de grandeza en su rostro al replicar:

—Como nosotros, Wilden. Buenas noches. La silueta fue alejándose hasta ser engullida por las sombras.

Wilden quedó erguido, mirando hacia el lugar por donde había desaparecido. Algunos minutos después quedó iluminada la ventana del «bungalow» de Carrell.

Y después de haberse apagado, aún continuó Miden inmóvil y en silencio, durante algún tiempo, corno una extraña efigie.

* * *

La noticia de la expedición Carrell cayó como una bomba de luz en la Base, al llegar a conocimiento de todos.

El propio Steel lanzó varias nada académicas imprecaciones contra

los impostores que embaucaban a los mandos superiores y a los incautos pilotos, con fantásticas historias para ocultar con ello su sucio historial.

No obstante, y a la vista de las órdenes mostradas por Carrell, hubo de doblegarse a ellas y aceptar que, tanto Wilden como Kranler, dos de sus más expertos hombres, salieran hacia la Base General en unión de Carrell.

Ya en ella, Carrell convirtiese en motor y director para el logro de cuantos detalles consideraba necesarios para el mejor éxito de la expedición.

Permanecía días enteros encerrado con Wilden y Kranler, aleccionándolos en detalles que, antes de ser explicados por Carrell, sólo eran para ellos teorías aprendidas en la Academia, pero que, referidas por él, cobraban la vida y el interés insuperable de las experiencias vividas.

Supieron entonces, con toda seguridad, la angustiosa sensación de pisar un planetoide de infinitamente menos gravedad que la Tierra; de asteroides envueltos en gases letales, en los que el más ligero rasguño en el traje espacial acarrearía la inmediata y espantosa muerte.

Tuvieron noticias de pedruscos espaciales, cristalizados con la pureza del más perfecto brillante, en los que sólo habitaban bacterias. Y se estremecieron al oír la espeluznante epopeya de dos terrícolas—Carrell y Denisson—perdidos en un mundo ignorado formado por masas semilíquidas, en el que habitaban seres primarios como los que debieron habitar en la primera edad de la Tierra. Todo ello perdido en los ignotos abismos espaciales aún no surcados por otros hombres.

Finalmente Carrell dedicóse a ponerlos al corriente de lo que parecía ser la única finalidad de la expedición: tratar de localizar, más allá de la Línea III—como si dijeramos, más allá del infierno—, la órbita, de un pequeño planeta, incluso al mismo planeta, y señalar su exacta situación en el espacio. Naturalmente, después de tratar de transportar a la Tierra unas muestras del misterioso metal originario del planeta, cuyas radiaciones actuaban en las células de los animales vivos, metamorfoseándolos.

Las razones que pudiera tener Carrell para afirmar la existencia de dicho metal en el lejano planeta, es cosa que todos ignoraban. No así Wilden. Pero por nada del mundo hubiera traicionado el secreto del hombre a quien ya admiraba profundamente.

* * *

Tras la intensa preparación que se realizó escasamente en tres meses, Carrell consideró que los dos pilotos se hallaban suficientemente enterados de lo que se pretendía realizar.

Una espaciosa «SL», la nave espacial mejor dotada para gran radio de acción, equipada convenientemente bajo la dirección de Carrell, y con un departamento especial en que podían hallarse armas ofensivas capaces de actuar en los más extraordinarios elementos, estaba dispuesta en el lugar de

lanzamiento. Carrell la había bautizado con el extraño nombre de «Nidya».

La curiosidad atrajo a todo el personal de la Base Central; mas nadie, excepto el jefe supremo, tuvo para con Carrell la menor muestra de afecto. La «leyenda negra» de este hombre sería muy difícil de borrar entre el personal de las «Beyes». El espíritu de solidaridad que imperaba en ellos le marcaba como un extraño, un traidor, asesino de uno de los suyos.

Wilden y Kranler, en cambio, viéronse convertidos en el centro de toda una serie de despedidas afectuosas. Cien manos los golpeaban amistosamente, deseándoles suerte. Voces amigas recomendábanles toda clase de absurdas precauciones ante situaciones peligrosas. Eran voces de afecto, de compañerismo... y de admiración también.

Iban a adentrarse en la región inexplorada, a perder la vida tal vez, y aquellos hombres curtidos en el peligro sabían reconocer el valor y rendir tributo a sus héroes.

Hubo un oficial superior, de ancho rostro y espesas cejas, que aprovechó un momento para susurrarles:

—Muchachos, estén atentos. Al menor atisbo de traición de ese «perro», eliminadlo sin reparos. Se lo merece y no puede ocurrirles nada.

Y otro, también les insinuó:

—Que no vaya a ocurrir como con Denisson. Es capaz de regresar el solo para recibir los honores. Tumbarlo antes que eso ocurra.

Los dos expedicionarios hallábanse aturdidos ante aquella barahúnda. Agradecían reiteradamente aquellas manifestaciones de amistad, mas deseaban hallarse libres de todo aquello.

De pronto, la seca voz de Carrell ordenó:

—¡Despejen la plataforma! Y ustedes, ocupen sus puestos.

Wilden y Kranler penetraron en la aeronave ascendiendo la escala metálica. Carrell les siguió. Desde la abertura de entrada dirigió un breve saludo de despedida tan sólo al jefe supremo, que saludó militarmente.

Luego, con rápido movimiento, Carrell oprimió el resorte que accionaba la compuerta de cierre. Ya estaban aislados por completo.

Ocupó calmosamente su puesto frente a los mandos y accionó algunas palancas. Wilden, junto a él, también estaba atento al cuadro de dirección. De reojo vio el áspero rostro de Kranler inclinado sobre el tablero automático. La luz verdosa de éste iluminaba la faz del alemán, dándole apariencia de ente diabólico.

La luz roja frente a Carrell parpadeó repetidamente. El control de la Base estaba en espera de la orden.

Con voz tranquila, como quien va a realizar un rutinario vuelo de escolta, Carrell habló por el micrófono acoplado a la garganta:

—Astronave «Nidya», preparados. Conecten a los diez segundos. Uno... dos... tres...

Al contar el décimo segundo dirigió su tranquila mirada a Wilden, enviándole una amistosa sonrisa.

Simultáneamente, la astronave vibró en una fugaz sacudida. Con la mirada atenta al contador de célula fotoeléctrica, Carrell, al igual que los otros, contrajo el rostro soportando la dura sensación del brutal despegue.

A continuación, con seco golpe, accionó el sistema que desprendería el proyector de impulso para el lanzamiento.

Desde aquel instante, la «Nidya» volaría por sus propios medios a una velocidad espantosamente inconcebible.

La pantalla registradora del exterior reflejó la figura de una pequeña esfera verdiazul que iba empequeñeciéndose por segundos.

CAPITULO V

ZONA INEXPLORADA

n aluvión de aerolitos pareció querer destrozar a la «Nidya», al adentrarse la nave en la zona peligrosa de estos cuerpos celestes. Las rutas conocidas hacía tiempo habían quedado lejanas, y ahora la astronave parecía inmóvil en aquel mundo inquietante.

Los tres pilotos de la astronave hallábanse sentados cómodamente en la cabina destinada al descanso. Habían tomado su cotidiana ración de alimentos concentrados, y cambiaban impresiones sobre las incidencias del viaje. Los supersensibles controles electrónicos mantenían fijo el rumbo, y era, pues, innecesaria la vigilancia personal de ellos.

—¿Confía en que no seremos alcanzados por el impacto de uno de esos pedruscos?—inquirió Wilden.

Carrell le miró unos segundos antes de responder.

—Las ondas defensivas deben escudamos --aventuró—. Sin embargo, bueno es recordar lo sucedido hace años a la astronave «Saeta Dorada». ¿No lo recuerdan? Exploraba la zona de aerolitos y le fallaron los emisores de ondas. Fue una desgraciada coincidencia. El fallo de las ondas coincidió con un impacto...

—Sí—afirmó Kranler—. No quedó ninguno con vida.

—¿Quedar, ha dicho ?—preguntó Carrell irónicamente—. Querido amigo; quedar vivo en el espacio después de un siniestro es punto menos que imposible. Pero, si así sucediera alguna vez, mejor sufrir cien muertes.

—Desde luego—asintió Wilden sin ningún entusiasmo.

—Bien; cambiemos de tema —propuso Carrell—. No ocurrirá esa colisión. Conviene ahora que hablemos sobre nuestros planes.

Extendió sobre el tablero central una especie de planisferio en el que parecían trazos cruzados con tinta roja, como señalando especialmente algunos puntos en el espacio.

—Tenemos aquí señalada—explicó—la ruta seguida hasta adentrar nos en esta zona por la que viajamos. Ahora bien, estas cruces indican las zonas exploradas anteriormente por otros hombres. Miren ésta. Fue la dirección seguida por Collman y sus hombres. Colocación de estaciones espaciales fluorescentes que aún están prestando servicio. Constituyó un éxito.

Miró a los dos hombres que le escuchaban atentamente.

—Esta otra —continuó, señalando con el índice—fue seguida por la expedición Tremp-Balasky. Buscaban yacimientos de «ranium», y los hallaron por su desgracia. Perecieron todos en el segundo viaje. Y esta otra..., bueno ¿a qué seguir? Todas estas rutas fueron señaladas por hombres .audaces a quienes deben mucho los terrícolas. Queda tan sólo, para lo que nos interesa, esta línea marcada con trazos negros —aquí su voz pareció enronquecer—. La seguida por Denisson y por mí para la localización del lituminio.

Ni Wilden ni Kranler hicieron el menor comentario. Ni un movimiento. Continuaron inmóviles, contemplando el plano, sin levantar la vista. Presentían que Carrell estaba explicándoles algo que forzosamente no podía eludir.

La luz lechosa del gas neón prestábale a Carrell apariencias de estatua marmórea, cuando prosiguió:

—Actualmente seguimos este itinerario. Pero al llegar aquí—su dedo señaló un punto en que aparecía una constelación en forma de arco--desviaremos el rumbo.

—¿Hacia el Límite ?—atrevióse a preguntar Wilden comprimiendo las mandíbulas.

—Hasta más allá del Límite, amigos. Hacia la zona poblada de mundos que emiten radiaciones mortales para nosotros. Hacia esa terrible incógnita en la cual existe, tengo certeza de ello, un mundo habitado y un metal que actúa en las células vivas transformándolas. Esa es nuestra misión.

—No está mal—arguyó Kranler—. Sabía que la misión era peligrosa, pero no que íbamos en busca de una muerte cierta.

—¿Siente temor, Kranler?—preguntó Carrell suavemente.

El aludido irguió la cabeza con la altivez de un águila. La mirada pareció perder brillo para adquirir mayor dureza. Replicó:

—¿Y usted?

—Confieso que siento alguno —sonrió Carrell—. Mucho más, tal vez, que ustedes dos juntos. ¿ Qué opina, Wilden?

Este no respondió de momento. Al fin, preguntó a su vez:

—¿Hay alguna probabilidad de regreso ?

—La hay, desde luego. Las radiaciones de esa zona inutilizaron los resortes electrónicos de los mandos. Denisson y yo perdimos la noción de la ruta que ahora intento descubrir de nuevo. Y yo regresé ¿ no es cierto?

Había en sus palabras algo desafiante; algo que obligó a Wilden a mirarle rectamente a los ojos. Kranler también lo hizo. Pero el alemán estaba aún dolido por las anteriores palabras de Carrell.

—Usted es diferente—argumentó—. Pero le aseguro que de esta expedición regresaremos los tres... o ninguno.

No pasó desapercibida la velada amenaza encerrada en sus palabras. Wilden desvió la mirada, mas Carrell fue derecho al asunto.

—¿Está molesto, Kranler ?—le preguntó.

—Desde luego. Es la primera vez que se ha puesto en duda mi... serenidad.

—Eso es una chiquillada, Kranler. Controle sus nervios, que le hará falta...

—Lo haré—atajole el otro—. Mas recuerde esto, Carrell. No se crea un super-hombre por que haya explorado esa región desconocida. Y cuando lleguemos a ella y a esos mundos tan espantosos de que habla, procure que yo, Kranler, no le haga estremecer con los nervios controlados.

La tensión producida- por aquellas palabras que sonaron a reto, fue interrumpida por Wilden.

—Dejemos de discutir, por favor, Carrell. ¿ Cuándo cree que penetraremos en la zona más allá del Límite ?

—Vamos a los controles y lo sabremos. Pero me atrevo a asegurar que si no nos hallamos ya en el Límite poco ha de faltar...

Un agudo silbido atronó la cabina. Era agudo, hiriente, y de una potencia fuera de todo cálculo.

Los tres hombres cubriéronse las orejas con las manos, mostrando sus rostros gestos doloridos.

Carrell reaccionó rápidamente. Corrió hacia un ángulo y embutió la cabeza en un casco hermético espacial. Encajó el cierre con el aro metálico del cuello del traje que llevaba puesto e hizo seña a los otros para que le imitaran.

—¡Pronto! —habló por el micrófono cuando sus compañeros ya estaban equipados— ¡Eso es de usted, Kranler! El tubo-reactor de dirección se está obturando.

Corrieron los tres a la cabina de mandos. Mientras Kranler desaparecía tras una compuerta, Carrell y Wilden comprobaron los cuadros de control.

Una presión en el resorte iluminó la pantalla tridimensional. Carrell acopló al casco la franja espectroscópica y observó el espacio reflejado.

—Fíjese, Wilden. Aquella constelación es la que indiqué antes.

Wilden miró a través de la franja de su casco. Los puntos luminosos perdieron vigor, pero el espacio, en cambio, adquirió una luminosidad gris fosfórica. Algunos braditas errantes, negros como el carbón por efecto del espectrógrafo, veíanse perfectamente como monstruosas boyas espaciales.

La pantalla fue enturbiándose, hasta hacerse borrosa la visión.

—¿ No oyó hablar de los corpúsculos cósmicos, Wilden? Ahí los tiene.

Wilden se confesó interiormente que aquella era la primera vez que comprobaba prácticamente aquella teoría estudiada.

—Se adhieren al visor exterior—manifestó.

—En efecto. Un simple apretón aquí—Carrell presionó un botón del cuadro de mandos— los barre.

La pantalla volvió a lucir nítidamente. Carrell preguntó:

—¿Ve aquella estrella a nuestra izquierda? La que es extremo del arco de la constelación. .

—Estoy observándola.

—Bien. En unos segundos quedará bajo nosotros. Cuando compruebe que se halla en la vertical de nuestra nave, desvía el rumbo a la izquierda, exactamente cuarenta y tres grados. No lo olvide, Wilden. Y ahora, voy a ver qué ocurre con ese maldito turbo-reactor.

Se introdujo por la abertura en que antes desapareciera Kranler, y Wilden aplicose de lleno a la dirección de la «Nidya».

CAPITULO VI

TENYA

N o hubiera sido fácil para Wilden decir el tiempo exacto que había transcurrido desde la marcha de Carrell.

Ya la astronave había llegado casi a la vertical de la estrella punta que le indicara éste. El punto luminoso, que se hallaba quién sabe a cuantos miles de millas de distancia, fue reflejado por la pantalla especial, y Wilden, hábilmente, maniobró en los mandos hasta que el pequeño punto de referencia quedó centrado justamente en el círculo que indicaba la vertical de la «Nidya».

Entonces, con suavidad al principio y más rapidez después, desvió el rumbo los grados señalados anteriormente por Carrell.

Fue entonces cuando una sorda explosión llegó hasta él. No oyó el estampido, pero la vibración de la onda explosiva en el interior de la cabina y el estremecimiento de toda la armadura de la astronave, le dio cuenta de ello:

Fijó los mandos automáticos y se incorporó de un salto. En aquel momento le llegó, a través del receptor del casco, la apremiante llamada de Carrell:

—¡Wilden ! ¡Venga pronto !

Lanzóse como un ciclón hacia la cerrada compuerta metálica.

Accionó en el mando de la célula fotoeléctrica que la abría y penetró en el estrecho recinto.

Dos compuertas más aparecían cerradas. La astronave componíase de compartimientos estancos aislados perfectamente unos de otros.

Sobre una de las compuertas aparecía la letra R. Wilden sabía que allí se hallaban los carburantes de los reactores. Allí era la avería. Pero comprobó con espanto que el sistema que debía accionar la compuerta no funcionaba.

—¡Carrell!—habló por el micrófono angustiadamente—. La compuerta no funciona. ¿Me oye?

—¡Por mil centellas !—tronó la voz de Carrell atronando en el casco de Wilden— ¿Por qué cree que le llame? ¡Haga algo, rápido antes de que nos asemos!

La compuerta próxima era lo que podría decirse el arsenal. En dos saltos, Wilden se halló en su interior. Pronto empuñaba la larga pistola de proyectiles con puntas desintegrantes.

Quedó frente a la puerta, averiada y apuntó al lugar en que se hallaba el cierre automático.

—¡Apártese, Carrell! ¡Voy a disparar !—advirtió.

Esperó unos instantes y presionó el disparador. Rápidos, sucediéronse dos disparos, y, simultáneamente, la cabina se inundó de un humo negro y denso. La compuerta mostró el terrible efecto de los disparos en dos grandes brechas perfectamente circulares, que iban extendiendose velozmente como si el metal fuese cera.

Antes de que llegaran a unirse los agujeros, la compuerta abrióse por sí sola.

—¡ Avise, Wilden ! ¡ No resistiremos más !—le llegó la voz de Carrell.

Wilden vio cómo la materia desintegrante cesaba en su obra, y entonces gritó:

—¡ Salga!

A través del humo, apareció Carrell en la entrada. Aún conservaba colocado el casco. Mas llevaba sobre su hombro el desvanecido cuerpo de un. Kranler maltratado, probablemente herido de cuidado, y, desde luego, con evidentes muestras de quemaduras en todo el traje.

Llegaron rápidamente hasta la cabina de descanso, y allí Carrell depositó en un lecho el inconsciente cuerpo de Kranler.

—¡Pronto !—apremió—. Traiga desinfectantes, óxido de zinc, vendajes y todo lo que encuentre a mano. Kranler está herido.

Un segundo antes de partir, vio Wilden la herida en la frente de Kranler, de la que manaba abundante cantidad de sangre que le manchaba el rostro Y el pecho, y los brazos aparecían ennegrecidos como de sufrir graves quemaduras.

Al regresar con lo pedido, ya. Carrell había lavado las heridas como mejor pudo, y procedió a extender pomada, después de suturar la herida de la

frente.

Wilden admiró su pericia y serenidad mientras realizaba la operación. Entonces observó que el antebrazo izquierdo de Carrell también aparecía con una gran quemadura.

Al finalizar éste con Kranler y dejarle tendido en el lecho, Wilden procedió a su vez a curarle.

—¿Cómo fue ?—atrevióse a preguntar.

—El turbo-reactor de dirección. Kranler llegó e intentó poner en juego otro del grupo. Yo le ayudé. En ese momento sobrevino la obstrucción completa y la explosión. Cuando intenté salir vi que .Kranler se hallaba herido. Volví y desprendí el reactor que hizo explosión. Fui a salir llevando a Kranler y hallé el sistema de cierre estropeado. La temperatura subía peligrosamente y temí no podríamos resistir. Por eso requerí su auxilio.

—Pudo salir y volvió por Kranler ¿no es eso? Y sabía que los resortes no resistirían la fuerte temperatura...

—No hablemos más de eso, Wilden. El habría hecho igual en mi caso. Lo que temo es que habremos de sentir todo esto. Los otros turbo- reactores han sufrido los efectos de la explosión, y, por lo que he podido darme cuenta, vamos sin dirección.

—¡ No ! ¿Ha dicho sin dirección ? —gritó Wilden desolado.

—Eso so he dicho. Esperemos, no obstante, que podamos hacer funcionar alguno de ellos. Ahora no es posible hasta que se enfríen. Aquello es un infierno.

Wilden quedó pasmado. ¡Ahí era nada! ¡Sin turbo-reactores de dirección! Y aquel hombre de hielo lo decía así, tranquilamente.

—Vamos a los mandos, Wilden. Veremos lo que se puede hacer. Este maldito brazo comienza a fastidiarme.

* * *

No había solución de momento. La astronave mantenía la dirección marcada anteriormente por Wilden, pero, falta de dirección, volaba recta, ciegamente, hacia un desconocido objetivo en aquel abismo espacial. ¿O es que no había objetivo en aquella sima sin fin?

Wilden lo dio todo por perdido. Nunca, anteriormente, hablase hallado en una situación parecida, y había estado en algunas. Era desesperada, cierta y mortalmente desesperada. Mas no tembló en absoluto por aquel inquietante final. Alguna vez habría de 'ocurrir. Recordó las palabras de Raskim aquella noche de la despedida en la isla Johnston: «Hoy estamos aquí, y mañana... ¿quién sabe? ¿No ha pensado nunca cuál será nuestra última... ?» Sí. Raskim estaba en lo cierto. Ya había llegado para él y para los otros aquel «i, quién sabe ?». Ya casi lo sabía. Volar, volar rectamente, sin poder actuar sobre la nave.' aquella zona inexplorada, sin esperanzas de salvación. Y luego, una vez agotado el carburante, ser atrapados a la órbita de cualquier planeta, y

girar, girar... eternamente. Menos mal que aún quedaban alimentos en abundancia, y después... pistolas desintegrantes. También Kranler perecería, y Carrell...

Miró hacia él. Parecía no estar afectado por aquella espantosa situación en que se hallaban.

¡Y él, más que nadie, debía saber cuán terrible era!

Con fría atención estaba comprobando los mandos, corno quien ejecuta una experiencia en un seguro recinto terrestre.

Volvió el rostro hacia Wilden y le habló:

—Excepto la dirección, todo lo demás funciona bien. El registro de deriva indica que una fuerza nos está desviando lentamente. Kranler podría señalarnos exactamente la intensidad de la atracción, pero no podemos contar con él por ahora.

—Puedo intentar...—pretendió ofrecerse Wilden.

—Déjelo. Urge atender a lo demás. Póngase a los mandos y observe cualquier anomalía. Mientras, voy a intentar poner en juego uno de los reactores.

—No podrá. La cabina...—intento Wilden objetar.

—La enfriaré con nieve carbónica. Llevamos unos recipientes en la cámara de las armas.

—En ese caso, lo haré yo. Tiene herido el brazo.

—Déjese de blanduras, Wilden. ¿Quién piensa en el brazo?

Le dio un amistoso golpecito en el hombro, y volvió a penetrar en la cabina que conducía a los reactores.

* * *

La deriva de la astronave por la atracción desconocida era levemente perceptible. Sin embargo, Wilden imaginaba que debido a la extraordinaria velocidad que llevaban, ello influiría notablemente en la dirección seguida. Aunque, en realidad ¿iban en alguna dirección determinada ? Perdidos en aquel caos, tanto daban unos grados a la derecha o a la izquierda. Pero ¿existía «allí» derecha, izquierda, arriba ni abajo ?

Sonrió. No eran más que átomos—menos atún que átomos—en aquella grandiosidad infinita. Unas insignificantes células pretendiendo, en su cómica petulancia, saber algo del cuerpo de que forman una infinitesimal parte !

Observó con los espectroscópicos la inmensidad por la que atravesaban. Todo gris, gris brillante. Y él sabía que aquel gris no era, en realidad, otra cosa que la negrura infinita del espacio...

Carrell apareció en la abertura. Mostraba aire cansado y venía desprovisto del casco. Avanzó lentamente hacia donde se hallaba Wilden y giró el asiento cercano para desplomarse en él.

—¿Consiguió algo ?—le preguntó Wilden, dejando libre la ranura del casco.

—Sí; puse en funcionamiento la dirección —hablaba con voz lenta, cansada—. ¿De qué puede servirnos ya? Intentaremos retroceder; no queda otro recurso. Estarnos perdidos ¿comprende? Como náufragos en el Pacífico, pero sin tener estrellas para orientarnos. Hay que hacer algo.

Miró distraídamente la pantalla del exterior y Wilden le vio dar un repentino salto y lanzarse a los mandos, exclamando:

—¡ Santo Dios ! ¿ Está ciego? ¡Desvíe a la izquierda! ¡ Pronto !

Rápido, Wilden obedeció el mandato. Dirigió la mirada a la pantalla y no pudo descubrir otra cosa que la inmensa extensión gris brillante.

—¡ Quítese la franja!—le ordenó Carrell secamente.

Al quedar sus ojos libres de la franja espectroscópica, Wilden dio un respingo de sobresalto. ¿Cómo no lo había visto antes? Ahora aparecía, enorme y grandiosa, la sección de una esfera ligeramente gris a la que estaban contorneando.

—¡ Centre los mandos ! ¡ Reduzca la proyección !—volvió a ordenar Carrell. Era la voz rápida y autoritaria del comandante de una nave espacial en vuelo.

Acercóse de un salto a la pantalla tridimensional y estuvo observando con toda atención. De vez en cuando lanzaba una corta orden seguida de ininteligibles palabras dictadas por la excitación del momento.

—¡ Centre el objetivo exterior !

—¡ Gire diez grados ! Bien... Rectifique dos grados.

Al fin quedó la esfera centrada en la pantalla. Aún continuó Carrell en silencio unos minutos comprobando en un plano que extendió precipitadamente.

Realizadas aquellas comprobaciones, se irguió. Soltó el plano, que se enrollé y cayó del tablero, y pasó una mano por su frente como queriendo borrar un pensamiento engañoso. Mas al cabo serenose y dijo a Wilden con voz en que aún tremolaba la emoción:

—Ha ocurrido algo portentoso, Wilden. No puedo explicármelo. Hemos vagado sin rumbo, perdidos en el espacio, y... Mire ahí—señaló la pantalla con un dedo algo tembloroso de excitación—. Ese es Tenya, el objetivo que intentábamos localizar. ¡ Tenya, el planeta maldito !

CAPITULO VII

LA CIUDAD MISTERIOSA

L

a extensión donde planetizó la «Nidya» era desierta y fangosa. Un fango rojizo y viscoso que adheríase a las botas de los cosmonautas con la persistencia de una pasta pegajosa.

Era noche cerrada, y sólo con las potentes linternas de magnesio podían los terrestres ver algo en aquella impenetrable oscuridad.

Con los patines de sustentación hundidos en la materia viscosa, la nave había quedado inclinada de lado pero sin sufrir desperfecto alguno.

Después de realizar una ligera exploración por los alrededores, Carrell llegó junto a Wilden que le aguardaba al pie de la nave. Kranler había quedado en el interior, ya que su estado aún no era satisfactorio.

—No he encontrado rastro alguno de vida—informó Carrell—. Algo espantoso ha debido ocurrir aquí desde que estuve con Denisson. Desde luego, este paraje no es el que estaba poblado ; más bien podría considerarse como los esteros del Gran Líquido.

—¿Qué hacemos, pues?

—De momento, quedarnos. Más de las tres cuartas partes de este planeta no es otra cosa que un gran mar de líquido espeso, algo más fluido que este en que nos encontramos. Estas son las «playas» de este mar. Debemos salir de ellas y tratar de llegar a lugares firmes.

—Bien. Usted dispone. ¿ Qué haremos con Kranler ?

—Que venga con nosotros, desde luego. Es posible que pueda caminar con alguna ayuda que le prestemos. ¿ Tiene ahí el medidor de atmósfera ?

Wilden le entregó el tubo que llevaba prendido al cinturón. Carrell manipuló en él y comprobó algo a la luz de la linterna.

—Perfectamente—dijo complacido—. La atmósfera continúa siendo similar a la nuestra. Podremos caminar más desembarazados.

Desprendióse el casco y aspiró a pleno pulmón. Wilden le imitó, y comprobó que en realidad aquel aire era por completo respirable.

—La noche en Tenya—le explicó Carrell—, según las comprobaciones que pudo efectuar Denisson, es de una duración equivalente a cinco años terrestres. Y el día es casi de la misma duración. La rotación de este planeta es lentísima en comparación a la Tierra. No podemos saber qué tiempo exacto ha transcurrido de esta noche aunque...—quedó reconcentrado unos segundos como recordando algunos detalles lejanos—. Sí, así es... Hace aproximadamente cinco años que abandoné este lugar. Comenzaba entonces

la penumbra anunciadora de la noche... Denisson se abalanzó a mí, golpeándome hasta hacerme perder el conocimiento. No puedo decir más hasta que fui recogido por naves terrestres. Sin embargo, estoy seguro de que Denisson obró así por alguna razón .poderosa que: él solo conocía. Casi podría asegurar que hizo aquello porque no tenía tiempo de comunicármela. Pero ya estarnos aquí, Miden, y el secreto será aclarado. Saquemos a Kranler y emprendamos la marcha.

El equipaje convenientemente con armas, alimentos e instrumental apropiados para la expedición, les llevó varias horas. Kranler, al tener noticias de ella pareció animarse y aseguró poder valerse por sí mismo, aún cuando las quemaduras todavía le atormentaban.

Wilden acondicionó varios ligeros fardos acoplándolos a su espalda a manera de voluminosa mochila. Prendió al cinto, así como sus compañeros, armas e instrumentos de medición, y al fin quedó dispuesto para la inquietante exploración de aquel mundo desconocido.

Más aligerado de peso, Carrell ayudaba a Kranler a caminar por la fangosa extensión, pese a las protestas de éste renunciando a la ayuda.

En un lento caminar a ciegas, auxiliados de vez en cuando por la luz de las linternas y sin otra orientación que el paulatino endurecimiento de la llanura, llegaron hasta una especie de redondeada loma donde tomaron un descanso.

Nada podían vislumbrar a lo lejos, envueltos en la densa negrura. Los lejanos puntos luminosos del firmamento no prestaban a Tenya el menor reflejo.

De nuevo iniciaron la marcha. El terreno, a medida que avanzaban, iba haciéndose más abrupto y seco. Ya no resultaba tan fatigoso el dar cada paso. La marcha, por tanto, se hizo más rápida. Carrell aseguró que, más al interior, comenzaban extensas regiones pobladas de gigantescos vegetales, tan tupidos, que el caminar a través de ellos resultaría altamente difícil.

Y lo peor de todo era aquella oscuridad opresora y densa. Parecía que las sombras cobraban vida; que eran seres vivos que les contemplaban en sus esfuerzos por avanzar. Sombras que acechaban cualquier desfallecimiento, cualquier descuido, para lanzarse sobre ellos y atraparlos, envolverlos, en sus garras invisibles.

La cuenta del tiempo resultaba absurda en aquellas condiciones. Carrell murmuró algunas palabras de aliento dirigidas a Kranler, que ya comenzaba a dar muestras de agotamiento. Pasándole un brazo por la cintura, dejó que éste se abrazara a su cuello, y así trataron de seguir a Wilden, que, con las mandíbulas apretadas, caminaba firmemente intentando con la vista sondear en las tinieblas.

De vez en cuando volvíase para lanzar hacia atrás el destello de la linterna que habría de orientar a sus compañeros. Su mano, entretanto, empuñaba la pistola desintegrante, atento a cualquier sorpresa inesperada que pudiera sobrevenir en aquel mundo silencioso.

De improviso, al lanzar el haz luminoso hacia delante, quedó detenido como petrificado. Frente a el, horrendo y amenazador, distinguió un espantoso animal.

Fue sólo unas fracciones de segundo, pero lo suficiente para que Wilden viera una especie de antropoide, medio inclinado frente a el, que le contemplaba con sus enormes pupilas de nictálope y con las fauces abiertas mostrando los agudos y descomunales colmillos.

Cuando las dos rápidas lengüetas de fuego brotaron de la pistola, el resplandor cárdeno mostró a Wilden el espacio vacío frente a el. Simultáneamente, al hacer explosión las puntas desintegrantes de los proyectiles, Wilden tuvo la convicción de que los disparos habían sido inútiles y que se hallaban al borde de la más tupida selva que sus ojos contemplaran jamás.

Volviéndose con rapidez lanzó repetidos guiños con su linterna, al par que gritaba:

—¡ Aquí, amigos ! ¡ Agrupemonos!.

Carrell y Kranler llegaron prestamente junto a él. Ambos empuñaban también las pistolas.

—¿Qué ha sido ? —indagó Carrell.

—Vi un extraño animal muy parecido a un antropoide. Me miraba fijamente con intenciones agresivas e hice fuego sobre el. No creo haberle acertado.

—Mejor así observó Carrell enigmáticamente. A continuación, lanzó la luz de su linterna hacia el frente—: Hemos de intentar ganar la espesura— apremió—. Siempre será más fácil encontrar cobijo. No deje de vigilar, y colóquese a retaguardia.

Ayudó a Kranler a caminar y se adentraron en la maleza. Wilden les siguió, volviéndose continuamente a medida que avanzaban.

Al parecer, las plantas que les rodeaban eran gigantescos helechos cuyas hojas azotábanles los rostros al caminar. Una espesa capa de hojarasca seca hacía que sus piernas se hundiesen hasta los muslos. El color de las ramas putrefactas daba al ambiente un hedor insufrible, insano y denso.

—Hay que caminar sin descanso—aconsejó Carrell, pugnando por abrirse paso a golpes de machete.

Wilden seguía el camino abierto por sus compañeros, sin dejar de vigilar los alrededores.

Un sordo golpe resonó en el ramaje, y los tres expedicionarios se detuvieron.

—¡ Quietos !—ordenó Carrell agazapándose— procuren ocultarse. Alguien nos ha disparado algo que ha pasado junto a mí.

—Aquí está—advirtió Wilden—. Una rústica maza de madera endurecida.

Y mostró la cachiporra que acababa de hallar entre la hojarasca.

— ¡ Armas primitivas —exclamó Carrell—. Estamos rodeados por

esos seres que dijo haber visto antes. ¡ Es extraño! Estas selvas parecían desiertas cuando estuve anteriormente con Denisson... ¡Vamos! Apresurémonos a salir de esta trampa…

Entre la maleza comenzaron a oírse apagados rugidos y un creciente crujir de ramas al paso de aquellos invisibles enemigos.

Sufriendo miles de desgarraduras en rostros manos, los atrevidos cosmonautas avanzaban rápidamente a través del ramaje.

Kranler lanzaba de vez en vez apagados quejidos al sufrir golpes en sus recientes heridas.

Y Wilden admirábase íntimamente de la dureza de aquel hombre, y de la resistencia de Carrell, que, con un brazo medio inutilizado por las quemaduras, aún tenía arrestos para ayudar al otro en la marcha sin lanzar la más mínima queja.

—¡ Avance más rápido, Wilden !—ordenó Carrell—. Colóquese ante nosotros y abra camino, el brazo me pesa como plomo.

A machetazo limpio, Wilden abrió la marcha furiosamente. No veía, absolutamente nada; tan sólo oía los pasos de sus compañeros que le seguían y el más lejano y apagado rumor de las bestias que buscaban sus huellas.

Como un autómata golpeaba en las ramas una y otra vez, sin sentir cansancio ni extenuación. Urgía salir de aquel infierno y por él no habría de quedar. ¡ Adelante !

En aquella marcha agotadora llegaron hasta un claro en la espesa selva. Se detuvo un instante, jadeando. Sabía que la sangre le resbalaba por rostro y manos como resultado de las desgarraduras sufridas por las punzantes ramas.

Oyó llegar junto a él a sus dos compañeros respirando fatigosamente.

—¡ Muy bien, Wilden !—le animó la cansada voz de Carrell—. Se está portando admirablemente. Ayúdeme a descansar el cuerpo de Kranler. Pese a su férrea voluntad, está muy débil y viene medio desfallecido.

¡Déjenme!—clamó el herido—. ¡No puedo continuar! Déjenme aquí mismo y salgan de esta trampa antes de que quedemos aquí los tres.

—¡ Cállese, Kranler !—atajóle Carrell—. Usted mismo fue el que dijo que o regresábamos todos o no regresaría ninguno. ¿Recuerda? Usted está cansado y nada más. Nosotros también. Wilden montará la guardia mientras tomamos aliento.

Dejose caer en el lecho de hojas junto Kranler. Trató de ver el estado de las heridas de este, y dijo a Wilden:

—Perdone. Es sólo un momento. Seguidamente, le relevaré. Sé que está llevando la parte más dura de esta expedición.

—No tiene importancia.

Quedó Wilden vigilante, empuñando la mortífera pistola. Como-por encanto cesaron los rumores de la selva y sólo el crujido de las ramas secas turbó el solemne silencio de aquel mundo de pesadilla.'

El cansancio entumecía los miembros de Wilden. Lentamente fue

deslizándose hasta quedar sentado. Si el enemigo se aproximaba, lo mismo sería advertido hallándose en pie que sentado.

Un sopor invencible fue apoderándose de él. Era más fuerte que su propia voluntad. El cansancio le dominaba. La marcha había sido de una duración aproximada de doce o catorce horas terrestres.

Intentó vencer el sueño que se apoderaba de el, y luchó heroicamente por no rendirse.

Al fin, cayó preso en él. Con un débil quejido, su cuerpo fue como desmoronándose hasta quedar sumido en aquel sopor irrefrenable.

* * *

Le despertó el angustioso grito de Carrell:

—¡ Despierte, Wilden ! ¡ Ayúdenos !

Quiso incorporarse de un salto, súbitamente despierto. Mas no pudo. Algo potente teníale prendidos los brazos y piernas con una resistente ligadura.

Miró a su alrededor. No se dio cuenta al principio que una débil y rosada claridad inundábalo todo, haciendo visibles los objetos.

Sólo vio una monstruosa planta de color gris acerado, muy parecida a las algas marinas pero de enormes proporciones, que hallábase enroscada a sus piernas y brazos impidiéndole todo movimiento.

Espantado miró en dirección a sus compañeros. Estos habían sido apresados más fuertemente aún; es decir, encontrábanse casi totalmente envueltos en aquella tenaza mortal, y forcejeaban desesperadamente por desasirse de ella.

Quedó confuso y horrorizado unos segundos. Entonces pudo darse perfecta cuenta de lo horrible de su situación.

Los filamentos vegetales iban lentamente estrechando sus lazos al mismo tiempo que los arrastraba, también muy lentamente, a lo que podría decirse el cáliz de aquella extraña flor cuyos pétalos eran sus ligaduras.

Y el cáliz, acampanado y monstruoso, de color rojo-sangre, semejaba una enorme boca ansiosa por engullir su presa humana.

Era de grandes proporciones, capaz de alojar no a tres sino hasta diez hombres de una sola vez. Una materia, pastosa y abundante, parecía segregada por el cáliz carnívoro. Y una serie de agudas espinas en su interior, daban la impresión, con sus acompasados movimientos, de estar esperando los cuerpos para triturarlos.

—¡ Pronto, Wilden !—solicitó débilmente la ahogada voz de Carrell, más próximo que Kranler al horrible cáliz.

Wilden pugnó desesperadamente por desasirse un brazo. Estaba prendido tan fuertemente que no podía moverlo. Engarfió entonces la mano hasta enzarpar la empuñadura del machete. Sólo jugando un poco la mano de

su brazo derecho, asestó unos débiles golpes en el tentáculo que le rodeaba el cuerpo.

Un líquido viscoso y blando brotó de las cortaduras, y el tentáculo, como animal herido, se encogió más fuertemente, produciéndole daño con la presión.

Arreció en los golpes, procurando asestarlos en el mismo lugar, hasta que vio con alegría cómo lo cercenaba en un último golpe.

Aflojó la presión del tentáculo cortado. Tras extraordinarios esfuerzos consiguió liberarse los brazos, y entonces la tarea resultó más fácil. Pudo deshacerse a golpes, hasta convertirlo en piltrafas, del tentáculo que le aprisionaba.

Una vez liberado, corrió hacia sus compañeros. Llegó justamente a tiempo. El extraño filamento izaba a Carrell disponiéndose a introducirlo en el mortal recinto del cáliz.

Un vigoroso golpe cercenó por completo el tentáculo. Otros bien dirigidos libraron al exhausto Kranler, al igual que a Carrell.

Y mientras estos últimos deshacíanse de la extraña atadura con ayuda de sus machetes, Wilden destrozaba a machetazos aquella terrible flor carnívora que estuvo a punto de terminar con ellos.

Libres ya, miráronse en silencio, como extrañados de hallarse aún vivos.

—Gracias, Wilden—musitó Carrell lacónicamente—. No lo olvidaremos.

Aún retorcíanse entre las hojas los fragmentos de la flor gigantesca, cuando Carrell exclamó con vehemencia

—¡ Fíjense !—su voz temblaba de gozo—. ¡ Fíjense ! ¡ Comienza el día en Tenya!

En efecto, la suave luz sonrosada inundábalo todo. Iba haciéndose insensiblemente más intensa. Pero ya dejaba distinguir la tupida selva que los rodeaba.

Por entre un claro del boscaje, todos pudieron ver el gran anfiteatro rodeado de colinas rocosas. Y en medio de él, como un milagro en aquella soledad; como un oasis en un espantoso desierto, la más sorprendente, extraña y maravillosa ciudad que Wilden ni Kranler contemplaran nunca.

—¡ Allí !—gritó Carrell extendiendo el brazo hacia ella—. ¡ Allí ! ¡ La ciudad de Nidya ! ¡ Corramos, amigos ! ¡ Estamos salvados !

Ninguno de los otros dos diéronse cuenta de la extraña coincidencia de aquel nombre con el de la astronave en que llegaron allí.

Sin más palabras, prendieron a Kranler entre los dos y le llevaron casi a rastras a través de aquel trayecto.

Y cuando llegaron los tres al límite de la selva, y sus botas pisaron el blando lecho de arenisca, cayeron de rodillas entre gritos incoherentes, como si hubiesen descubierto un nuevo Paraíso.

CAPITULO VIII

LA HORDA

Ya podía decirse que era un pleno amanecer cuando llegaron a la ciudad.

Edificios construidos con pulimentados bloques de piedras, con apariencias de piedras nobles, daban grandeza y majestuosidad a todo el conjunto. Cada edificio en distinto color, mostrando la gama de un colorido atrayente y maravilloso.

Amplias avenidas de arena rojiza extendían- se a la vista de los asombrados expedicionarios. Todos los edificios eran de una sola planta; empero su arquitectura era grandiosa, impresionante, con multitud de grabados de la más extraña y artística concepción. Los artífices que los construyeran habrían sido, indudablemente, artistas excepcionales en la escultura.

Los terrícolas avanzaban extasiados. Únicamente Carrell murmuraba espaciadamente:

—¡ Santo Dios! ¡ Qué desolación!

Llegaron frente a un edificio que parecía ser más importante que los otros. En un alarde de maestría, estaba construido a base de piedras labradas

representando los más extraños animales y plantas. Los únicos seres vivientes representados en' la piedra eran enormes antropoides, que, haciendo de columnas, sostenían la armazón del edificio. Wilden los identificó como semejantes al que el viera en la selva.

Con un movimiento de brazo, Carrell les indicó que esperasen, y entonces les explicó:

—Este es el lugar que conozco de mi anterior visita con Denisson. Le deje aquí mientras fui a explorar el planetoide del lituminio para obtener muestras. Voy a' entrar a reconocer el interior. Aguárdenme.

Tardó un buen rato. Cuando ya Wilden empezaba a impacientarse, apareció en la gran portada con gesto preocupado.

—¡ Nada !—anunció—. Todo desierto, deshabitado, como si un extraño maleficio hubiera exterminado todo signo de vida.

—Pero ¿ estaba esto habitado ?—preguntó Wilden.

—Totalmente. Por un pueblo culto, amante de las Ciencias y del Arte. Esas colinas que rodean la ciudad eran su límite. Más allá se encuentran las inextricables selvas y... el Gran Liquido. Algo horrible ha debido ocurrir aquí.

Wilden se creyó en la obligación de objetar:

—Si así hubiera sido habrían quedado rastros. Todo parece en perfecto orden, sin embargo. ¿ No ha hallado ningún cuerpo, nada que pueda servir de indicio ?

—En absoluto. Parecen haber sido tragados por la arena.

Kranler reprimió un lamento. ,Durante la forzada marcha había resistido como un valiente, mas ahora, sus doloridos miembros reclamaban descanso. Las heridas también precisaban de renovar la cura.

—¿ Qué hacemos ?—solicitó Wilden—. Kranler se encuentra mal, y extenuado igual que nosotros. ¿ Penetramos en ese edificio?

—No—denegó Carrell—. No debemos exponernos hasta saber que ocurre aquí.. En la falda de esa colina—señaló la que se hallaba a espaldas del edificio—existía una amplia llanura. Allí fue donde llegamos Denisson y` yo. Vayamos hacia allí y acamparemos.

Mas en el momento de emprender la marcha, quedaron como clavados en la arena. Un hondo y que umbroso lamento, en crescendo incontenible, llegó hasta ellos, ululante y terrorífico.

Llegaba del final de la avenida en que se encontraban, y mezclado con el, el sordo rumor de las pisadas de una multitud invisible.

Las voces entonaban como un salmo profundo nunca jamás oído. Algo así como miles de broncas voces en un acompasado y lento estertor.

Los terrícolas sintieron que un escalofrío les recorría los huesos, y sus manos, maquinal- mente, empuñaron las armas apuntándolas al final de la larga y desierta avenida.

Hasta el propio Kranler cayó rodillas con la pistola fuertemente aprisionada, dispuesto a vender cara su vida pese al cansancio agotador que sufría.

—¡Malditos! ! Malditos! ¡ No podrán con nosotros !—murmuraba obstinadamente.

Fueron unos minutos interminables de mortal angustia ante el peligro desconocido. Unos de esos minutos indescriptibles, largos como años, en que hasta el hombre de más probado valor ansía gritar, luchar o morir, antes que resistir tan terrible tensión.

Al fin, unas confusas formas aparecieron en el final de la calle. Caminabais con un andar oscilante, de péndulos, como beodos. A medida que se aproximaban lentamente, aparecían tras ellos otros, y otros, y otros...

Wilden apuntó fríamente aun cuando se hallaban a considerable distancia. Había podido observar que se trataba de las horribles bestias, una de las cuales viera en la selva.

Esperó con serenidad escalofriante. Miró de reojo y vio a sus compañeros en la misma imperturbable actitud de defensa. ¡Bien por Carrell y por Kranler! Ya sabrían aquellos antropoides con quiénes se las gastaban. Puesto que habrían de caer, caerían. ¡Pero no sería sin antes llevarse por delante un buen número de aquellos repugnantes animaluchos!

De pronto, la voz de Carrell sonó con extraña entonación de estupor:

—¡ No disparen! ¿Es mi vista, o esos animales parecen enfermos?

Observaron atentamente el avance de la horda hacia ellos.

—Sí; así parece—aseguró Wilden—. Pero no por ello dejan de ser bestias.

—¡Cielos! ¡No puede ser !—gimió Carrell con voz desgarrada—. ¡No es posible! ¡Huyamos! ¡No disparen!

Prendió de un brazo a Kranler y emprendió la retirada precipitadamente. Wilden le siguió, desconcertado.

Aún después de abandonar la ciudad, y cuando ya se hallaban acampados en un lugar seguro de la vertiente -de la colina, no podía explicarse la extraña reacción de Carrell. Y menos aún cuando este, como aturdido por un golpe inesperado, no cesaba de exclamar apagadamente:

—! No ! ¡ No puede ser ! ¡ Sería horrendo !

* * *

Aguardaron un buen espacio de tiempo en actitud alerta y vigilante. Los monstruos, una vez ocupada la ciudad abandonada, no parecían mostrar interés alguno por aquellos extraños intrusos.

La claridad rosada habíase intensificado y ya todo aparecía inundado por aquella luz, sin verse sol alguno.

—De momento, creo que podernos descansar —opinó Wilden—. Esos bichos no parecen interesarse mucho por nosotros. Voy a curarle ese brazo, Carrell, y luego usted lo hace con Kranler mientras yo vigilo.

Así lo hicieron. Mientras Carrell procedía a atender a Kranler, Wilden

realizó una corta exploración por los contornos.

—He encontrado un lugar excelente—dijo al regresar—. Llevemos los chismes hacia allá y podremos descansar cómodamente.

El lugar resultó ser una especie de holgada caverna socavada en la roca. Y quedaron sorprendidos ante la magnificencia de la obra. La roca aparentaba ser de un mineral parecido a la plombagina, pero de color verde esmeralda que emitía un resplandor verdoso que fluía de todo el ámbito de la caverna, inundándola en luz fantasmal.

En lo más profundo, alzábase un a modo de altar tallado en el mismo mineral, y sobre el mismo, una descomunal figura representaba a uno de aquellos antropoides con las fauces abiertas y los brazos extendidos como .para estrechar en ellos a alguien en un abrazo mortal.

A uno y otro lado de la caverna veíanse dos hileras de pequeñas y artísticas hornacinas, todo ello trabajado en el mineral verde.

Una vez vencido aquel primer estupor, Wilden observó:

—¡ Vaya! Parece que tienen templo y todo. Eso parece una extraña deidad.

—Así debe ser—asintió Carrell paseando la mirada por la caverna por si descubría alguna otra salida—. De todas formas esto es un hotel, comparado con la selva. ¿ No le parece, Kranler? Aquí podrá descansar perfectamente hasta que sanen sus heridas. Por otra parte, la entrada de la caverna es angosta, y opinó que con poco esfuerzo podríamos defenderla caso de ser atacados. Ahora vamos a organizarnos. Usted, Wilden, quedará con Kranler descansando mientras yo monto guardia en el exterior...

—Un momento, Carrell—interrumpiole Wilden—. Yo me encuentro 'perfectamente- y no he sufrido herida alguna salvo estos rasguños. Descargado del peso que llevaba puedo vigilar varias horas mientras ustedes toman descanso. Reconocerá que están más necesitados de ello que yo.

—El brazo ya no me molesta. Quédese, Wilden.

—No lo haré; a menos que me obligue a ello.

—Bien; usted gana. Gracias, Wilden. Avise cuando transcurran unas horas.

Acomodó a Kranler en un a de aquellas hornacinas, que parecían estar hechas a propósito para ello, y él hizo lo propio en la más próxima.

Cuando Wilden les suministró la ración de alimentos y consideró que se encontraban bien instalados, empuñó la pistola y se colocó a la entrada de la caverna, fija la vista en la ciudad silenciosa que aparecía a sus pies.

Y en el Interior de la caverna, envuelta en la fantástica iluminación verdosa, la espantosa efigie daba la impresión de querer prender con sus garras los cuerpos de los confiados intrusos, mientras sus fauces abiertas tenían la apariencia de querer prorrumpir en una satánica carcajada.

CAPITULO IX

EL RESUCITADO

El sol que alumbraba el día de Tenya era amarillo-rojizo. Una intensa luminosidad inundábalo todo, emitiendo un calar agradable y vivificante.

Después del descanso tomado por Carrell y Kranler, el primero de ellos salió con objeto de relevar a Wilden. Mas éste, sin parecer notar fatiga alguna, renunció a tal cosa, interesado por los signos de vida que daban las bestias ocupantes de la ciudad misteriosa.

Primero fueron aislados grupos los que salieron por los alrededores de la ciudad como explorándolos. A la distancia en que se hallaban, Wilden no podía distinguir más que las distantes y confusas formas.

Al aproximarse Carrell, le indicó:

—Fíjese, Carrell. Hace un momento ha salido un numeroso grupo de la ciudad. Después de explorar los alrededores han vuelto al recinto. Pero observe cómo dos de ellos, que se separaron del grueso, caminan lentamente en esta dirección. ¿ Qué hacemos?

—Quedar a la expectativa. No creo que lleguen hasta aquí; pero, si así lo hicieran, no tendríamos otro remedio que defender nuestro reducto.

Las dos figuras habían desaparecido tras un accidente del terreno. Mas nuevamente aparecieron caminando sin prisa. Era evidente que se encaminaban hacia el templo ocupado por los terrícolas.

—Se dirigen hacia aquí—observó Carrel—. Sería conveniente que nos ocultáramos por si podemos pasar desapercibidos. Dedíquese a borrar las huellas dile hayamos podido dejar, y yo me ocuparé de hallar lugar donde ocultarnos. Es conveniente observar sin ser vistos.

Desapareció en el interior del templo, y Wilden quedó vigilando el avance de los que se acercaban.

A medida que iban ganando terreno, podían distinguirse detalles que antes no fueran visibles. Tratábase de dos personas. De ello no le cabía duda alguna a Wilden. Un hombre y una mujer. Marchaban cogidos de la mano; él, mirando hacia adelante y dirigiendo la palabra a ella. No se trataba, desde luego, de antropoides. Eran seres humanos, perfecta y determinadamente humanos. El hombre era de mediana estatura, forzudo y vigoroso, y marchaba

con firmes pasos de ejercitado andador. Ella le seguía dando graciosos saltitos que acusaban su fragilidad, y hasta Wilden llegó el argentino sonido de su risa.

Quedó expectante, interesado. Era verdaderamente extraordinario la presencia de aquella pareja procedente de la ciudad ocupada por los antropoides. ¿ Qué extraños seres serían aquellos ? ¿ Y cómo podían convivir con semejantes bestias ?

Esperó. Los que llegaban quedaron detenidos en un montículo y miraron en la dirección en que se hallaba Wilden. Este se agazapó aún más para no ser descubierto. Los otros prosiguieron su avance hasta que, siendo seguro que se encaminaban al templo que ellos ocupaban,- Wilden reptó sigilosamente hacia la entrada, penetrando en el mismo.

No vio a nadie. Carrell y Kranler habríanse ocultado y no le fue posible distinguirlos. Llamó quedamente:

—¡ Carrell ! ¿ Dónde están ?

—Aquí—le respondió una voz apagada—. Acérquese a la efigie.

Avanzó hacia el horrendo ser representado en la piedra. Tras él, simulada en la parte trasera de la efigie, abríase una pequeña abertura rectangular a manera de puerta.

Echó una rápida ojeada por el recinto, en evitación de dejar ningún rastro. Carrell, hábilmente, los había hecho desaparecer.

Entonces, como un felino, se introdujo por la estrecha abertura. El hueco era espacioso y estaba construido aprovechando el interior de la gigantesca figura., Unos peldaños hacían que pudiera situarse con la cabeza a la altura de lo que exteriormente eran las fauces del animal. Así podía ver perfectamente todo el interior del templo.

Con mudo gesto indicó Wilden que los visitantes hallábanse próximos. Ascendió cuidadosamente los peldaños, y Carrell le siguió. Kranler quedó recostado en la pared del escondrijo. Sus heridas casi habían cicatrizado, pero su debilidad, por la pérdida de sangre, era aún de cuidado.

Observaron en silencio por la accidental mirilla. El templo continuaba inundado por la extraña luz verdosa irradiada por el mineral de la caverna.

Apagadamente llegó hasta ellos el rumor de guijarros movidos por los que se aproximaban. Insensiblemente se agruparon aún más, sin dejar de observar.

Primero fue el hombre quien quedó vuelto de espaldas a la entrada de la caverna. Emitió un armonioso sonido con la garganta, y le respondió otro grito similar algo más distante.

Vestía una especie de indumentaria confeccionada con piel que le cubría parte del torso y piernas. Era nervudo y fuerte, de anchas espaldas y cabello rojizo muy crecido. También podía vérsele parte de una poblada barba.

Hizo un rápido movimiento con el potente brazo como animando a alguien a que avanzara más de prisa. Y en efecto fue así. Una mujer llegó

junto a el y prendió la mano extendida.

Entonces volviéronse y entraron en el templo con el recogimiento de los fieles a una doctrina al rendir tributo a sus dioses.

Wilden vio la grácil figura de la mujer. Era su andar gracioso y naturalmente elegante: Su cuerpo también estaba cubierto por una piel de color amarillento con manchas grises, que dejaba, empero, al descubierto sus bien torneados brazos y piernas. El largo cabello dorado caíale corno una luminosa cascada por la espalda. Y era su aire tan atrayente y maravilloso, que Miden quedó prendido en aquel inesperado encanto.

No así Carrell. Wilden oyó su respiración jadeante a medida que los recién llegados avanzaban hacia la efigie, para quedar frente a ella en actitud recogida con los brazos extendidos en señal de sumisión.

Fue en aquel instante, al quedar el hombre y la mujer enfrentados al lugar: desde donde les observaban, cuando Carrell gritó con voz infrahumana:

—¡ Denisson! ¡Denisson, amigo mío!

Parecía un poseído. Wilden volviose sobresaltado al tiempo de ver al llamado, Denisson mirar como espantado hacia el lugar de donde brotó la voz. La suya era trémula al exclamar:

—¡La voz de Carrell...!

Este, antes de que Wilden pudiera hacer nada por evitarlo, saltó los peldaños y salió del recinto. Corrió hacia la pareja que permanecía sorprendida y quedó unos segundos frente a ellos.

Wilden optó por presenciar la escena a través de la pequeña ventana.

Vio a Carrell, con el rostro reflejando intensa alegría, y a Denisson, una vez vencido el asombro que le inmovilizara, correr uno hacia otro con los brazos abiertos.

—¡Carrell! ¡Ven a mis brazos!

Los dos hombres estrecháronse en un fuerte abrazo que duró algunos minutos. Golpeábanse cariñosamente las espaldas, como dos íntimos amigos encontrados milagrosamente. La mujer contemplaba la escena con sonrisa complacida.

Al fin, Denisson desprendiose del abrazo y volviose hacia ella.

—Nidya—le dijo emocionado—, saluda a nuestro buen amigo Dan Carrell, que ha vuelto a Tenya.

Ella alargó la mano con gracia sin igual y dejó que Carrell posara los labios en ella. Wilden creyó estar presenciando una escena de siglos pasados, que resultaba más anacrónica aún por los trajes que vestían los protagonistas. Luego, ella, con voz bien timbrada y perfecto acento terrestre que dejaba entrever, sin embargo, un ligero tono exótico, dijo:

—Bienvenido a Tenya, Dan. Y celebro que haya sido en el momento de la «vuelta».

—¿La vuelta? No comprendo qué quieres decir. Gracias, sin embargo, Nidya—replicó Carrell.

—Hay algunas cosas que no habrás comprendido todavía—intervino

Denisson. A Wilden agradaba la voz de este hombre, enérgica y firme—. Pero ya habrá tiempo de explicaciones.

—En efecto. He llegado a Tenya en una nave junto con dos compañeros, Denisson. Tenía interés en aclarar todo este misterio.

—¿ Con dos compañeros ?—preguntó Denisson interesado—. ¿ Que esperas para llamarlos? ¿ Dónde están?

—Ahí—señaló Carrell hacia la efigie. A continuación llamó: ¡ Wilden ! Salga con Kranler. Son amigos.

Wilden no esperó a que se lo repitieran. Ardía en deseos de hallarse junto a ellos. Cuando se encontró cercano a Denisson y Nidya comprobó que ésta era aun más bella de lo que parecía, a distancia. Sus ojos, de un enigmático color verdoso, quedaron fijos, sin mostrar asombro ni temor en ellos.

—Nidya—dijo Carrell— te presento a mis dos compañeros Wilden y Kranler. Dos valientes que, junto conmigo, estamos a tus órdenes.

Tanto Wilden como Kranler hicieron una leve inclinación, y ella les envió la maravilla de su sonrisa.

—En cuanto a esta bola, de pelo rojizo...—prosiguió Carrell de buen humor, señalando a Denisson—. Mírenle bien, amigos. Este es Denisson, el hombre a quien asesiné.

Volviéndose hacia éste, le dijo:

—¿ Sabes, amigo, que todos creían, y creen, que me había deshecho de ti?

—Me lo temía.

Después, con áspera sonrisa, Denisson estrechó las manos de los presentados, y, al ver el estado de Kranler, indagó:

—¿ Herido ?

—Sí—afirmó Carrell—. Las heridas ya están casi curadas, pero se encuentra muy débil.

—No será nada. Pronto le pondremos en estado normal. Pero...—súbitamente pareció Denisson alarmado—, ¿desde cuándo se hallan aquí?

—Casi el tiempo de un día terrestre, Denisson.

Este miró rápidamente a Nidya, y ambos cruzaron una significativa mirada que no pasó desapercibida para Wilden, aunque sin captar su significado exacto.

—Bien; emprendamos la marcha—propuso Denisson prendiendo a Nidya de la mano—. En la ciudad estarán alojados más cómodamente.

—¿En la ciudad ?—preguntó Wilden extrañado—. Hemos visto llegar a ella una horda de antropoides. Por eso huimos.

No es una horda, Wilden. Ya les explicaré —prometió Denisson con cierto dejo de tristeza reprimida—. Nidya y yo formábamos parte de ella.

—¿Nidya... y usted ?—preguntó Wilden, incrédulo.

—Así es, amigos. ¿No lo imaginabas, Carrell?

—No sé...—eludió este, titubeando—. Algo como un presentimiento

me hizo ordenar no disparasen contra ellos.

—Gracias, entonces sonrió Denisson—. Así, pues, ¿lo sabes?

—No...no—negó Carrell como temiendo comprender—. Prefiero oírlo de ti mismo.

El grupo formado por los cinco se encaminó hacia la ciudad, que ahora tras la breve explicación oída por Wilden, le resultaba aún más extraña y enigmática.

CAPITULO X

LOS TRABAJOS DE DENISSON

La sorpresa dé los tres hombres iba en aumento a medida que avanzaban por la ciudad, conducidos por Denisson y Nidya.

Las avenidas y los edificios que antes dejaran desiertos, habían cobrado animación y vida como por arte de encantamiento. Centenares de seres, vestidos al igual que sus guías; es decir, con los cuerpos cubiertos por aquellas pieles amarillentas, animaban todos los lugares como si no hubiesen faltado de allí un solo instante.

Todo en sus acciones y movimientos estaba impregnado de naturalidad. Incluso los que pudieron ver a los recién llegados no mostraron

otra cosa que una prudente curiosidad ante su aspecto desusado para ellos.

El rostro de Carrell mostraba una sombría preocupación mientras caminaba junto a Nidya y Denisson. En cuanto a Wilden, que ayudaba a caminar a Kranler, no dejaba de admirarse ante aquella asombrosa transformación.

No podía hallar explicación alguna ,a la absoluta desaparición de los antropoides, y su mirada, insistente, trataba de hallar fundamento lógico a tan asombroso hecho.

—¿ Cómo te lo explicas, Kranler?—preguntó a su amigo—. Se nos viene encima una horda de bestiajos, y de pronto... ¡paf! desaparecen como el humo. Porque, tú también los has visto, ¿no es así?

—Esto es para asombrarse, Wilden—replico Kranler con voz fatigada —. ¡Maldita debilidad la mía! Me agradaría hallarme fuerte parió dar unas vueltas por esta ciudad extraña y desconcertante.

—Ya lo haremos; no te preocupes. Denisson ha asegurado que pronto te recuperarás... A propósito ¿que opinas de todo esto? Es para volverse loco.

—La idea de que Carrell era un criminal ha quedado por tierra. Ahí tienes a Denisson , vivo y feliz en tanto que en la Tierra le suponen...

—Algo de ello sabía de todo esto. Carrell me lo refirió sucintamente Lo único que no pudo aclararme fueron los motivos que obligaron a Denisson a atacarle, después de manifestar su decisión de no regresar a la Tierra con él.

—Así, pues, ahora resulta que Denisson es un desertor. Eso cambia algo la cosa ¿no?

—Así parece. No obstante, creo que aún hemos de escuchar cosas asombrosas.

Llegaron hasta el edificio en que Carrell penetrara cuando llegaron por primera vez a la ciudad. Junto a la puerta, dos hombres parecían montar guardia, pero sin armamento de ninguna clase. Al entrar Denisson hicieronle un saludo respetuoso inclinando un instante las cabezas.

Denisson avanzó con cierta autoridad por el ancho pasillo que se abría en el interior del edificio hasta llegar al final del mismo. Allí, penetrando por una entrada ojival, sin madera alguna, halláronse todos en una gran habitación circular con techo de alta bóveda.

Las piedras del interior del edificio semejaban Mármoles rarísimos, pulimentados corno el cristal. Varias pieles extendidas por el pavimento parecían ser los asientos utilizados en Tenya.

Volviose Denisson y lanzó varios cortos y roncos gritos guturales que hicieron llegar a un hercúleo tenyano. En un lenguaje gutural y rápido, sostuvo una corta conversación con Denisson, al fin de la cual quedó como esperando

—Escucha, Carrell habló Denisson cuando terminó—; por lo que veo, han debido pasar por duras situaciones hasta llegar aquí. Un descanso les vendrá mejor que nada. Sigan a Gorg y él les conducirá a un cómodo lugar para reposar. No agregó, al ver que iban a recoger a Kranler—; dejadle aquí.

Ahora será atendido por nuestros médicos, y, cuando haya descansado, se encontrará como si nada le hubiese ocurrido.

—Confiarnos en ello, Denisson. Estoy ardiendo en deseos de oir las cosas que tengas que decirme. Pero, realmente, nos encontramos agotados. Hasta... Iba a decir hasta mañana, Nidya, más aquí la mañana es algo larga. Nos veremos después. ¡ Ah ! La nave que nos condujo quedó en los esteros del Gran Líquido.

—Enviaré algunos hombres para que la vigilen—prometió Denisson.

Un gracioso saludo de Nidya los acompañó en su salida, mientras Denisson ocupábase personalmente de Kranler.

Más, tan pronto como Denisson lo dejó en otro aposento, bajo los cuidados de dos hombres, su rostro se relajó súbitamente mostrando una profunda preocupación que ensombreció su mirada.

Nidya se dio cuenta de ello, y, mimosamente, abrazose a su cuello y le susurró suaves palabras en el lenguaje tenyano, sin que ni aquella dulce caricia lograra borrar la sombra de tristeza.

Luego, muy lentamente, prendiendo a ella de la frágil cintura con su potente y velludo brazo; Denisson murmuró apagadamente en lenguaje terráqueo:

—Ha vuelto... Ha vuelto con dos más. ¡Ojalá pueda regresar alguno!

* * *

Ahora se encontraban los tres compañeros sentados sobre las pieles en la habitación circular adonde primero los condujera Denisson.

Habían descansado largamente, después que unos tenyanos diéronles masajes con una grasa, especial que tuvo la virtud de borrarles el agotamiento que padecían. Kranler hallábase bien y parecía otro. La herida estaba por completo cicatrizada, y el resto de las quemaduras, por efecto de ciertas hierbas aplicadas sobre ellas, mostraba la sana epidermis aún sonrosada. También presentaba un excelente aspecto después de haber eliminado el cansancio.

Estaban en aquella habitación por haberlo así indicado Denisson por mediación de los tenyanos que les atendieron. Aguardaban la llegada de éste, y Carrell, entretanto, les explicó quién era la bella mujer llamada Nidya.

Les dijo que cuando estuvo anteriormente en Tenya y pusiéronse en contacto con sus habitantes, Denisson quedó prendido en los encantos de aquella virginal belleza. Ella era hija del hombre que ostentaba la máxima autoridad entre los tenyanos. A la joven le agradó también aquel hombre enérgico llegado de otro mundo, conocedor de tantos maravillosos secretos, y el idilio nació entre el terrícola y la tenyana, Carrell diose cuenta de la atracción que ejercía Nidya en su amigo y temió el retraso de la, misión que tenían encomendada. Entonces propuso a Denisson salir de allí y dirigirse al planetoide del lituminio para, finalizar las pesquisas. Pero éste,, con el pretexto de realizar interesantes investigaciones en Tenya, le animó a salir

solo, con el fin de recoger abundantes muestras de metal.

La razón que adujo Denisson era la de que tenía la seguridad de que en Tenya existía un raro metal cuyas radiaciones actuaban en las células vivas aún con más intensidad y más beneficiosamente que el radium. Partió Carrell, y a su regreso recibió la sorpresa de saber que Denisson y Nidya habían contraído matrimonio según los ritos de Tenya. Creyó, sin embargo, que aquello no obstaculizaría la marcha; mas, cuando intentó convencer a Denisson sobre la conveniencia de regresar a la Tierra, éste se negó en redondo, con una dureza que sorprendió a Carrell, y manifestó su deseo de permanecer allí.

—Entonces ¿ es que desertas ?—le preguntó Carrell en aquella ocasión.

—Tómalo como quieras—le respondió Denisson adustamente—. Y ahora, disponte a regresar tú solo. La larga noche tenyana se aproxima y no debes hallarte aquí para entonces.

Trató Carrell de objetar algo, pero Denisson le obligó a penetrar en la nave algo violentamente. Parecía otro distinto en aquella ocasión. Incluso Carrell creyó percibirle como una diabólica expresión en el rostro. Intentó forcejear con él en un último y desesperado esfuerzo por arrastrarle consigo. Mas Denisson era mucho más fuerte que él y le arremetió rabiosamente, golpeándole con ferocidad hasta dejarle inconsciente.

Después..., bueno, todo lo que llegó después ya Wilden y Kranler tenían algunas noticias de ello.

* * *

En el momento de terminar Carrell su explicación, entró Denisson. Esta vez venía solo, y su rostro mostraba cierta seriedad solemne que causó en los otros una ligera inquietud.

—¿ Descansaron bien ?—preguntó Denisson sentándose sobre las pieles.

Ante la afirmación de los tres, dirigióse concretamente a Carrell. Le miró rectamente a los ojos y le habló:

—Carrell, he de darte a conocer algunas cosas desagradables. Pero aún no tengo datos exactos hasta que me lo confirmen. De todas formas, como te supongo impaciente por escuchar lo sucedido hasta ahora, al igual que tus compañeros, dedicaremos un rato a narrarlo. No seré pesado, .lo prometo. Quedarán enteradas rápidamente.

A continuación efectuó una llamada, y el mismo tenyano que acudiera en anterior ocasión se presentó en la entrada. Denisson le habló, y el hombre marchó regresando a los pocos instantes can una bandeja de piedra, ligera y pulimentada, desbordante de racimos de fruta rojiza, muy parecidas a las uvas terrestres, y una bolsa de material plástico, que Wilden identificó corno de las

que suministraban en las «Beyes» a los pilotos.

—En Tenya no disponemos de tabaco ni de bebidas alcohólicas—informó Denisson con sonrisa burlona—. No obstante, contamos con estas frutas cuyo zumo resulta agradable y... excitante. Una fuerte ración de ellas produciría el mismo efecto que varias botellas de buen «wisky». Tomen algunas y lo comprobarán.

Denisson tomó algunas y los demás hicieron lo propio. En efecto, el sabor de aquellas frutas era semejante a una fuerte bebida alcohólica, y los tres compañeros las encontraron sumamente agradables de sabor.

Cuando cada cual emitió su opinión respecto a ellas, Denisson se dispuso a hablar.

—Supongo—comenzó diciendo—que tanto Wilden como Kranler estarán al tanto de tu anterior llegada a Tenya y de lo que sucedió hasta tu partida...

—En efecto; están enterados—afirmó Carrell.

—Mejor. Así el relato podrá ser más rápido.

Corno sabes, quedé aquí mientras explorabas el planetoide y recogías las muestras. Sí. Quedé aquí—la mirada de Denisson perdió firmeza, denotando algo de añoranza—. No me arrepiento. Soy feliz junto a Nidya. Pero... ¿saben lo que es tener la convicción de que nunca, nunca más se volverá a la Tierra? Es muy duro, creedme.

—Sin embargo—intentó objetar Carrell—, si deseas regresar de .huevo nadie ni nada te lo pueden impedir.

—¿Nadie? No; en realidad nadie me lo impide. Mas existe una poderosa razón para que no lo haga... Ya la sabrán más adelante.

Wilden escuchaba interesadísimo las palabras de Denisson. Aunque las frases de este resultaban en parte incomprensibles para él, su curiosidad estaba excitada en grado sumo. En cuanto a Kranler, éste permanecía silencioso mirando fijamente a Denisson con su mirada de ave de presa.

—Bien. Quedé aquí como digo—prosiguió Denisson venciendo la tristeza que le embargó—, y me dediqué a investigar cuanto pude. Aquí tengo el resultado de esas investigaciones, y deseo hacerlo llegar a la Tierra. Queda aún mucho que investigar en Tenya. Estaba enamorado ciegamente de Nidya, y aún lo estoy, y por ello decidí hacerla mía. No quiero cansarles con la explicación de las ceremonias que se siguen en Tenya para ello. Sin embargo, existía una de ellas que para mí era... algo dura. El padre de Nidya me lo comunicó —aquí los labios de Denisson temblaron perceptiblemente—. ¡Carrell, amigo, acepté sin titubear! Era tal mi amor por ella, que de nuevo lo aceptaría si fuera necesario.

—¿Tan terrible es esa prueba ?—musitó Wilden.

—Lo es. Sobre todo para quien no sepa hallar la belleza oculta del Universo...

Carrell callaba. Wilden miró hacia él y le vio el reflejo de ausencia en la mirada. Permanecía inmóvil, hierático, mas Wilden le sabía con los nervios

tensos como un muelle de acero comprimido.

Continuó Denisson con voz profunda:

—En esta bolsa se hallan datos interesantísimos para los científicos de la Tierra. Serán también unidos a ellos algunos fragmentos del metal que cito. Confío en que sabrán hallarle la salvadora aplicación que expongo en el informe. No sé todavía quién será el afortunado mortal que los lleve..., ni si alguno logrará llevarlos. Esperemos que sí.

—¿ Llevarlos ?—preguntó Kranler con voz extrañada—. Nosotros proyectarnos regresar, y no creo que nada nos lo impida.

—¡ Quién sabe... !—murmuró extrañamente Denisson.

Un inexplicable escalofrío recorrió el cuerpo de Wilden. El acento sentencioso y fatídico de Denisson le llevó el soplo de un sombrío presagio.

—Y ahora—el rostro de Denisson cambió súbitamente, algo más alegre—, he de dar algunas explicaciones a Carrell por los golpes que le propiné. A tu regreso, Carrell, ya había celebrado mi matrimonio con Nidya y pasado por la terrible prueba. La noche estaba anunciándose. Recordarás que nos envolvía la penumbra. No daba tiempo para explicarte nada, y, además... quedó detenido unos segundos como resistiéndose a continuar. Pero lo hizo firmemente—: Además, mi cuerpo ya comenzaba a mostrar claras señales de la... metamorfosis.

—¡ Metamorfosis !—exclamó Wilden.

Kranler agudizó la mirada, fijándola en Denisson con una nueva curiosidad. El rostro de Carrell aparecía blanco como la cera.

—Metamorfosis—repitió Denisson lentamente—. Sí, amigos; la prueba a que me refería era la de soportar las radiaciones del metal que actúa en las células, haciéndolas girar en distinto sentido.

—¿ Con qué fin ?volvió a inquirir Wilden. Su voz sonó como un soplo.

—La noche en Tenya es de larga duración. Durante ella, el metal a que aludo emite su maligna y destructora radiación, distinta a la que irradia de día. Estas radiaciones serían capaces de desintegrar a un ser humano en escasos minutos. Por ello, la Naturaleza, sabiamente, hace que los seres que perciben las radiaciones diurnas queden metamorfoseados, durante la noche, en otros seres capaces de resistir la maligna influencia. Y ya, siempre, periódicamente, sufren la mutación sin poder hacer nada para evitarlo... se hallen donde se hallen.

—¡ Asombroso !—no pudo por menos de exclamar el imperturbable Kranler.

—¿ Y esos otros seres...?—inició Wilden temiendo la respuesta.

—Son los antropoides que ustedes vieron. Feroces y terribles, despedazarían a cualesquiera otros seres que hallaran en la terrible noche. Estas son sus víctimas—señaló con rápido ademán las pieles sobre las que se hallaban sentados.

—¿ Y usted...?

—Sí—afirmó Denisson sin dejarle terminar—. Nidya, yo, todos... éramos bestias hasta hace escaso tiempo. Y en la próxima noche volveremos a serio. Y así, siempre, siempre... hasta morir.

Un silencio sepulcral se abatió sobre los cuatro hombres. Únicamente podían oírle las respiraciones jadeantes.

—¡ Dios mío !—murmuró Wilden— ¡Es espantoso!

—No tanto como puede parecerles. Se vive feliz durante el día, y se espera la mutación como un periodo de tiempo que no cuenta. De igual forma que los terráqueos esperan el sueño, siendo felices al despertar de nuevo. Pero durante la noche somos monstruos. Lo sabemos. Por ello, antes de convertirme por primera vez en uno de ellos, cuando me vi el torso y extremidades cubiertos de áspero vello, que es la primera señal del cambio, no quise esperar más. Ataqué a Carrell y puse en marcha la astronave para que saliera del infierno que se avecinaba. No podía confiar en que no me abandonaran de repente las facultades humanas, y temí despedazarlo a zarpazos.

Había hablado últimamente con cierta emocionada excitación. .Quedo en silencio. Pasó una mano por su ancha frente y pareció tranquilizarse. A continuación, inicio un esbozo de sonrisa y dirigió la palabra a Carrell:

—¿Qué opinas de todo esto, Carrell? ¿Sospechabas algo?

El aludido pareció despertar sobresaltado. Hasta entonces había estada como abstraído.

—No, Denisson; sólo estaba intrigado por los motivos que te impulsaron a atacarme. Ahora ya los comprendo. En cuanto a lo otro… a la metamorfosis... Algo como una intuición cruzó por mi cerebro al ver la ciudad abandonada y la posterior llegada de los… de aquellos seres. Ello motivó el que ordenara que no se disparase contra ellos.

—Entonces ¿comprendes? Ella se lo merecía.

—Comprendo lo que hiciste, Denisson. No podías hallar otra Nidya en ningún lugar del Universo.

—Gracias, amigo.

Y el rostro de Denisson pareció iluminado por un halo de grandeza infinita.

En aquel momento penetró en la cámara un anciano que efectuó un ceremonioso saludo dirigido a todos. Habló a Denisson, mostrando a éste varias finas planchas de la piedra peculiar en Tenya y en las que aparecían grabados algo así como extraños signos muy parecidos a una escritura jeroglífica.

Denisson los leyó atentamente, y, al concluir su rostro pareció ensombrecerse.

—Carrell—dijo—, acompáñame, por he de revelarte algo muy importante. Nuestros amigos sabrán perdonarnos la breve ausencia.

Ante el mudo asentimiento de los otros dos, salieron en unión del anciano recién llegado.

CAPITULO XI

ANGUSTIA MORTAL

Durante un largo período, los arriesgados viajeros espaciales estuvieron visitando todos los lugares de la ciudad, y admiraron la maestría de los tenyanos dedicados a los trabajos de construcción.

En determinada ocasión, Carrell indicó que ya era tiempo de iniciar trabajos de investigación que pudieran ser de utilidad en la Tierra.

A partir de aquel momento, los tres expedicionarios dedicáronse infatigablemente a reunir datos que consideraban interesantes.

Denisson llevaba la dirección de estos trabajos, y admiró a Wilden con muestras de capacidad ilimitada para todo lo relacionado con conocimientos científicos.

Los condujo al interior de la selva que rodeaba la ciudad, y, durante el tiempo que dedicaron a estas investigaciones, parecía haber cobrado nuevo optimismo. Volvió a ser el buen camarada, culto y agradable, que ya Raskim informara a Wilden en cierta ocasión.

Mientras realizaban estos trabajos, los cuatro hombres permanecían aislados en el interior de la selva haciendo vida de campamento. Nidya había quedado en la ciudad, y sólo en una ocasión ausentóse Denisson, para regresar algún tiempo después acompañado por un tenyano y con abundantes provisiones para todos.

Llegaron a reunir un interesante material botánico. Las plantas quedaban cuidadosamente clasificadas; según instrucciones de Denisson, con indicación de las virtudes medicinales que poseían. Aquella tupida selva, tan espantosa en la noche pasada, mostraba ahora la maravilla de su variado verdor.

Una de las veces en que cesaron de trabajar, Carrell consultó sus notas y lanzó una ligera exclamación. Hallábanse los cuatro hombres sentados sobre algunos troncos reunidos en el claro donde tenían establecido el campamento. El tenyano habíase ausentado por orden de Denisson, en busca de algunas determinadas plantas.

—¿ Ocurre algo ?—preguntó Denisson al oír la exclamación de Carrell.

—No; nada—respondió éste—. Es que me ha sorprendido comprobar

cómo transcurre el tiempo. Aquí, en Tenya, es todo tan interesante que no se vive a igual ritmo que en la Tierra.

—«Para el hombre ocupado no hay día largo»—citó Wilden el conocido dicho, interviniendo en la conversación.

—Así es—admitió Kranler—. Pero estoy de acuerdo con lo expuesto por Carrell. Hemos permanecido aquí un tiempo realmente prolongado. Opino que debemos acelerar la recopilación de datos, y regresar.

Wilden descubrió la rápida mirada que cruzaron Denisson y Carrell. No replicaron nada, mas Wilden capto un algo indescriptible en aquella mirada. Dijo a su vez:

—En verdad, los trabajos están finalizando. ¿Para cuándo cree que podremos partir, Carrell ?

—Nada nos apremia. Tengo proyectado que permanezcamos en Tenya reuniendo informes hasta que se anuncie la próxima noche.

Wilden le miró fijamente a los ojos, sin hablar. Carrell rehuyó la mirada. Denisson fingía estar distraído mirando en otra dirección.

Entonces fue Kranler quien preguntó lentamente:

—Así pues ¿cree tan necesario prolongar nuestra estancia hasta entonces?

—Tanto como necesario..., no. Pero podemos llegar a conocimiento de cosas interesantes durante este largo día. Denisson asegura que existen gran variedad de detalles para investigar, lo que nos impedirá estar ociosos.

Wilden tenía la íntima convicción de que Carrell estaba mintiendo. ¿Por que? No podía imaginarlo, desde luego, pero Carrell mentía, y aquella mentira era también conocida por Denisson. Decidió intervenir, algo molesto por creer que tanto a Kranler como a él tratábanlos como a chicos a quienes podía engañarse con facilidad.

—Escúcheme, Carrell, y usted también, Denisson. No dudo que los trabajos que llevamos realizados serán de gran interés para la Tierra. Y creo también que los que aún nos resten sean tan interesantes. Ahora bien; exceptuando la recogida del metal que cita en su informe ¿qué otras investigaciones verdaderamente importantes quedan por hacer? Es mi opinión que tenemos algún derecho a saberlo.

Carrell iba a responder algo, pero Denisson se le adelantó.

—Dice bien, Wilden. Pero ¿cómo explicar todas las cosas que restan por conocer en un mundo como Tenya? Cien vidas nuestras no serían suficientes para conseguirlo.

—De acuerdo—admitió Wilden—. Una razón más, entonces, para lo dicho por Kranler. Después de esta clasificación de plantas desconocidas en la Tierra, y si logramos regresar con las muestras .de metal, nuestra misión no puede decirse que haya sido infructuosa.

—Pero aún es pronto para regresar—intervino Carrell.

—¿Por qué?

—Porque los trabajos para reunir fragmentos de ese metal nos

llevarían mucho tiempo...

—Pero no tanto—le interrumpió algo hoscamente Kranler—. Sospecho que existe alguna, otra razón que nos oculta para retrasar la partida.

— ¡Kranler!—exclamó Carrell con cierta altivez—. No olvide que soy el jefe de la expedición y llevo la responsabilidad de la misma. Si me reservo las razones por las cuales retardo la partida, no es usted quien puede exigirme explicaciones.

—¿Cómo que no ?—gritó Kranler incorporándose de un salto—. ¡Mi vida no le pertenece! Y usted está disponiendo de ella a su capricho.

—Siéntese, Kranler—recomendó la tranquila voz de .Carrell—. Está usted al borde de la rebelión. Y eso es grave, ya lo sabe.

—¡ No me importa !—bramó el otro, fuera, de sí. Ya no era dueño del control de sus nervios. Continuó, desafiante—: ¿Cree que no veo claro su juego y el de su amigo?

Wilden trató de calmarle, temiendo lo que pudiera decirse. Pero Kranler le rechazó con cierta brusquedad.

—¡ Míralos, Wilden !—señaló a los otros dos hombres—: Están engañándonos a los dos. ¿Suponen que no me di cuenta? Estamos perdiendo aquí más tiempo del necesario en recopilar mataos como si fuésemos hechiceros negros. ¿Y sabes para que?

—Pero ¿ qué locuras estás diciendo ?—intentó Wilden, desolado, frenarle en su excitación.

—¡ No lo conseguirán ! —gritó Kranler sin hacerle caso— ¡Antes los asaré con esto !—dióse un golpe en la pistola desintegradora que llevaba colgada al cinto. Prosiguió, furioso—: Compréndelo de una vez, Wilden—todos callaban en un silencio plagado de tristes augurios—. Ese hombre es un desertor. Ha establecido su guarida en este lugar, y nadie ¿comprendes, Wilden? nadie debe saberlo. Conque no sabía dónde se hallaba este mundo ¿eh, Carrell? Bien nos engañó. Pero se equivoca si espera poder regresar solo a la Tierra cargado con los descubrimientos.

—¡ Está loco !—comentó despectivamente Carrell. Wilden quedó sorprendido del dominio de nervios que mostraba.

Mas Kranler estaba ya lanzado y replicó rápidamente:

—Loco o no, sepa una cosa. Wilden y yo vamos a regresar a la nave, y partiremos seguidamente. Toda esa labor de investigación no es nuestra. Comunicaremos la situación de este mundo y enviarán un grupo de científicos.

—Sería suicida—habló secamente Denisson, al margen de la disputa—. Antes deben estudiar las radiaciones de ese metal para inmunizarse a ellas.

—¡ Tonterías ! —exclamó impetuosamente Kranler—. Esa es otra patraña. Las radiaciones serán lo que sean, pero ¿cómo es que a nosotros no nos causan efecto?

—Eso es lo que usted ignora—Denisson se incorporó quedando frente a Kranler—. Tanto usted como ellos han recibido las radiaciones diurnas. No

ha sido mucho tiempo, bien es verdad; pero recuerden que les encontré en el interior del templo de la colina.

Ahora fue Wilden quien se interesó repentinamente.

—¿ Quiere decir...?—insinuó.

—Sí, Wilden—asintió Denisson—. Usted es más inteligente y posee más temple que este hombre—su voz tuvo una gran dureza al decir esto. Wilden reconoció en ella la firmeza y determinación que le dijeron poseía Denisson. Este prosiguió duramente—: Hombres como usted, Kranler, no interesan. No le hubiera tenido un solo día entre mis pilotos.

—¡ No me interesa su opinión !—cortó Kranler arrogantemente—. Vamos, Wilden; regresaremos a la nave.

—No lo intente, Kranler, sin escuchar lo que voy a decirle—Denisson se interpuso ante éste—. Han recibido los tres las radiaciones. El templo está socavado en una gran veta de ese metal, y el ídolo, las hornacinas, todo, son del mismo metal. He consultado con los científicos de Tenya y han mostrado sus dudas. Cabe el temor de que sus células ya estén afectadas, y por ello conviene aguardar la llegada de la próxima penumbra en que se realizan las primeras señales de las mutaciones. Si no las acusan, podrán partir inmediatamente.

—¿ Y si no?

—No les quedará mucho que elegir. O quedar en Tenya como uno más de nosotros, o volver a la Tierra para ser un extraño entre ellos, convirtiéndose en un monstruo periódicamente cada cinco años.

—¡ No puede ser!—murmuró Wilden, horrorizado.

—¡ Y no lo es !—casi gritó Kranler—. Trata de embaucamos para que nos confiemos. Nos eliminarán, y será Carrell quien regrese. ¡ Apártense !

Rápidamente empuñó la pistola y encañonó a Denisson y Carrell. Este saltó del asiento como impulsado por un resorte.

—¡ Guarde eso !—le ordenó, inútilmente—. No es mucho tiempo el plazo y debemos esperar.

—¡Apártense, digo! Y al menor movimiento para detenernos, disparare.

Antes de que nadie pudiera preverlo, Denisson se abalanzó sobre Kranler con la rapidez y agilidad de una pantera. Fué tan imprevisto y rápido el ataque, que Kranler se tambaleó, estando a punto de rodar por el claro. Pero recuperóse instantáneamente y presionó el disparador. El silencioso fogonazo brotó a escasas pulgadas de la cabeza de su atacante, y la explosión de los proyectiles oyóse muy lejana.

Carrell llegó hasta los luchadores en un salto. Ambos forcejeaban, aunque Denisson, con hábiles golpes, ya había desarmado a su antagonista y trataba de dominarlo.

Con la ayuda que le llegó la cosa ya fue fácil relativamente. Kranler, vencido, aún pugnaba débilmente por librarse de la firme tenaza formada por los brazos de Denisson.

Wilden permanecía como aturdido ante los rápidos acontecimientos. Veía a Kranler inmovilizado, mientras Denisson procedía a sujetarle los brazos a la espalda, atándolos con una especie de fuertes y flexibles lianas que crecían abundantemente por aquellos alrededores.

Una vez quedó Kranler atada y le dejaron sentado nuevamente, Denisson volvióse con calma y tomó asiento. Los otros también lo hicieron.

—Es lamentable—comentó Denisson merando hacia el impotente Kranler—. No tendremos otro remedio que tenerle custodiado durante el tiempo que falta. El se lo ha buscado.

—¡ Traidores ! —gritó Kranler frenéticamente— ¡ Traidores ! ¡ No los creas, Wilden ! Encañónalos, y líbrame de las ligaduras. Aún es tiempo para salvarnos.

—¡ Cállese, Kranler ! No le hará caso—le dijo Denisson con voz normal—. Wilden es hombre distinto a usted y se hace cargo de todo.

Ante la inutilidad de sus esfuerzos, Kranler cayó en un mutismo sombrío, sin dejar de lanzar furibundas miradas hacia ellos.

—Bien—aprobó Denisson—; se le pasará la rabieta. Oigamé, Wilden —habló a éste directamente—. Ya comuniqué a Carrell mis sospechas. Existe la posibilidad de que estén afectados por las radiaciones. Puede parecerle horrible en principio, pero no lo es tanto. Podrán vivir dichosamente en Tenya y crear incluso una familia. Lo que resulta verdaderamente lamentable y doloroso, es la pérdida de todas estas investigaciones que no llegarán a la Tierra.

—Podría intentarse tu arriesgada idea... —aventuró Carrell.

—Sí; pero es muy peligrosa. Se trata, Wilden, en el caso de que sufran la metamorfosis, de salir en la nave tan pronto se inicié el nuevo día. Dejar en la Tierra todos los informes y regresar a Tenya antes de que se realice la nueva mutación.

—Es una posibilidad—admitió Tilden.

—Pero muy aventurada. Contando con un perfecto funcionamiento de los mecanismos, el viaje es duradero, y luego ¿sería creído en la Tierra el que llegara? ¿No serían puestas en duda sus afirmaciones y le negaran el regreso? Entonces resultaría algo horrible. Quienquiera que fuese, convertiríase ¡ en la Tierra ! en un monstruo feroz y temible durante cinco años. ¿ Lo soportarían allí ? ¡No¡ ¡Sería exterminado como una fiera! Es muy arriesgado el intentarlo.

—¿ No queda otra solución ?—preguntó Wilden venciendo la angustia que le atenazaba.

—Queda la esperanza de que alguno de los tres no esté contaminado. Ese sería el que regresara. Y eso no podemos saberlo hasta que se inicie la penumbra.

El silencio que siguió a las palabras de Denisson resultó por demás significativo.

—Nuestras investigaciones en la selva pueden darse por terminadas—

decidió éste—. Tan pronto regrese el tenyano que envié al interior, saldremos de aquí. Ya es inútil tratar de ganar tiempo en esta ocupación—dijo a Carrell.

Procedieron a retirar el campamento, y cuando regresó el tenyano, los expedicionarios iniciaron la marcha hacia la ciudad, llevando entre ellos al maniatado Kranler, que ya no pronunció ninguna palabra más durante el tiempo que duró el viaje.

CAPITULO XII

METAMORFOSIS

Días... ? ¿ Meses... ? ¿ Años... ?

¿ Qué importaban a Wilden? A veces, a solas en el aposento que le destinaron, palpábase el rostro con el íntimo temor de hallar en el algún indicio de la espantosa metamorfosis. Había podido informarse bien de los primeros síntomas que se manifestaban. Era una lenta, imperceptible aspereza en el cabello. Luego, la epidermis iba endureciéndose paulatinamente, iniciando una leve descamación de los tejidos. Y luego, ya más rápidamente, el crecimiento de espeso vello por todo el cuerpo, agrandamiento de las pupilas, y, y crecimiento de los colmillos e incisivos.

Ese era el final. Después... la horrible noche. La horrenda noche tenyana, privado de todos los atributos humanos, entre aullidos espantosos y

luchas feroces, guiado tan sólo por los instintos bestiales.

La duda que en principio le asaltara respecto a cómo sabían «ellos» lo que les ocurría en la noche, le fue aclarada por el propio Denisson. Los síntomas no se manifestaban en todos al mismo 'tiempo. En algunos, eran más prematuros. Entonces, al sentirse atacado, el interesado se adentraba instintivamente en la amparadora selva. Pero no antes de que los demás no le viesen en la espantosa nueva forma.

Intentó darse ánimo a sí mismo. Allí estaban todos aquellos seres viviendo felices, sin parecer pensar para nada en sus tristes destinos. ¿ Triste ? Bajo el punto de vista terráqueo, sí. Pero para los tenyanos era normal, absolutamente normal el metamorfosearse durante la noche. ¿ Los terrícolas se horrorizaban al aproximarse la noche? No. Y el sueño era un estado muy semejante a la muerte. Habría, pues, que irse haciendo a la idea de convertirse en monstruo como la cosa más natural. Era para desesperarse o... para reírse.

Ya debía faltar poco tiempo para la iniciación de la penumbra anunciadora de la noche. Carrell llevaba exacta cuenta de ello, mas Wilden no le preguntó nunca nada sobre ello. A Kranler le vio en distintas ocasiones. Parecía hallarse perturbado por la rabia de verse constantemente custodiado en una habitación, sin permitírsele salir libremente.

Hallándose en estos pensamientos, oyó Wilden unos firmes pasos que se aproximaban por el pasillo. A los pocos instantes apareció Carrell. Parecía haber envejecido prematuramente.

Penetró en la habitación y quedó frente a Wilden, silencioso y con intensa mirada fija en el.

El presentimiento de algo temido mordió como un áspid en el corazón de Wilden.

—¿ Ya ?—preguntó tan sólo.

Un mudo gesto de asentimiento confirmó sus temores. Y entonces Carrell le habló con acento ausente:

—Se inicia la penumbra, Wilden. Y mire esto.

Hubo un algo desesperado en su movimiento al señalarse los cabellos y extender la mano izquierda para que pudiera ser observada por Wilden.

En efecto, el antes sedoso cabello de Carrell aparecía ahora más áspero y recio, pareciendo ir a erizársele. Y la mano, firme y nerviosa, mostraba ciertas perceptibles rugosidades y durezas extrañas.

—¡ Gran Dios !—clamó Wilden con desesperación— ¡Los primeros síntomas !

Miró sus manos con el corazón oprimido. La vista se le nublaba por efecto de la emoción que sentía, creyendo encontrar rugosidades semejantes a las de Denisson. Este le tranquilizó.

—No se excite, Wilden. Estoy afectado, es cierto. Mas ¿qué hacer? He pensado detenidamente en todo y creo poder asegurar que usted no sufrirá la mutación. Lo he comunicado a Denisson y está conforme conmigo.

—¿ Que no sufriré... ?—preguntó Wilden anhelante.

—No puede darse por seguro; hay que esperar. Pero recuerde que Kranler y yo permanecimos en el interior del templo casi todo el tiempo que estuvimos en la vertiente. Usted, en cambio, sólo estuvo breves momentos. Es posible que las radiaciones no le hayan causado efecto.

Una alegría salvaje, inmensa, inundó el pecho de Wilden. Efectivamente, él no permaneció en el interior del templo. ¡Se salvaría! Pero de nuevo se entristeció. En su egoísmo no había pensado en aquellos instantes que le estaba contemplando un hombre condenado. Carrell estaba afectado. Le miró y sintió un estremecimiento. Le vio tranquilo de nuevo, casi indiferente. Quedaba la incógnita de Kranler; hasta ahora no había presentado ningún síntoma delator.

—¿Qué debemos hacer ?—quiso saber.

—Esperar. Queda algún tiempo para asegurarnos. Yo he sido de los primeros en la manifestación. Y Denisson me ha informado que falta todavía mucho tiempo.

Al quedar nuevamente solo, Wilden sintióse atacado por una inquietud desbordante y opresora. Sabíase hasta aquel momento sano. Una, sombra de terror animal cruzó por su cerebro; así debían ser los primeros avisos de la demencia. ¡Debía huir! Tal vez saliendo de aquel lugar infernal quedaría libre de la maldita influencia. ¿A qué aguardar? ¿No podrían estar equivocados los otros? Además, si Kranler tampoco estaba afectado, serían dos para pilotar la «Nidya». Sí... eso haría.

Una duda final quedó flotando en su cerebro enloquecido. ¿ Traición ? ¿ Felonía ? ¡ No ! Únicamente un humano instinto de conservación.

Y ya no pensó más que en una, cosa: ¡huir! ¡huir cuanto antes del planeta maldito!

* * *

La tarea había resultado más fácil de lo que Miden imaginara. Fácilmente pudo desembarazarse de los guardianes de Kranler, aprovechando su confianza para golpearles en las cabezas con la culata de la pistola.

Había saltado por encima de los desvanecidos cuerpos de los tenyanos, penetrando en el recinto ocupado por Kranler.

—¡ Pronto !—apremió a éste. Y Kranler abrió los ojos, asombrados —. Recoge estas armas y sígueme.

Le entregó una de las pistolas y un machete. Kranler las recogió febrilmente y las prendió al cinto. Su rostro quedó animado por la emoción contenida.

—¡ Bien hecho, Wilden ! Sabía que lo harías. ¡En marcha!

Salieron al exterior sin que fuera notada su fuga. La penumbra aún era poco perceptible en Tenya. Evitando los lugares más concurridos, llegaron a las afueras, contorneando la ciudad para adentrarse en la selva lo antes

posible. Habrían de atravesarla rápidamente para intentar ganar los esteros del Gran Líquido, antes de que llegaran los que salieron en su persecución.

La marcha fue veloz, casi una carrera agotadora, hasta encontrarse bajo el amparo de los gigantes helechos. El avance se hizo necesariamente más lento a medida que se internaban en la espesura. Hubieron de utilizar enérgicamente los machetes, abriéndose paso a través de aquella maraña de plantas.

Extenuados, sangrantes, dieron vista 'a la extensa llanura fangosa. Siguieron por ella teniendo que realizar grandes esfuerzos para desprenderse de la tenaz adherencia. Pero ellos apenas lo notaban, animados sobrehumanamente ante la proximidad de la libertad.

Sabían que la astronave hacía tiempo dejó de estar vigilada, por considerarlo Denisson innecesario. Por ello, avanzaron sin precauciones, con toda la rapidez que les permitía su agotamiento.

Finalmente, halláronse al pie de la nave. Kranler la acariciaba como si se tratara de un ser vivo.

—¡ Preciosa !—la piropeó—. Ahora demostraremos a esos traidores que no pueden con nosotros.

Ascendieron la escala y franquearon la entrada. A un ritmo frenético, sin cambiar palabra y actuando con precisos movimientos, descendieron el cohete propulsor. Con gran pericia y rapidez lo dejaron acoplado a la popa. Luego, con los machetes, desalojaron toda la masa viscosa que pudieron de los lugares en que estaban sepultados los patines de sustentación.

Lo hacían rápidamente, mas ello les llevó un número de horas que ellos no podían calcular. Cuando todo estuvo preparado y ellos se disponían a penetrar en la nave para ponerla en funcionamiento, apareció un grupo a lo lejos, saliendo de los últimos arbustos de la selva.

Formábanlo varias personas, imposibles de identificar a tan gran distancia, pero ellos sabían quiénes eran dos de ellas.

—¡Ja! ¡Ja!—rió Kranler al ver los evidentes esfuerzos que hacían por avanzar más de prisa—. No llegarán a tiempo más que para ver la estela que dejamos. ¿ Y Carrell ?—pareció recordar súbitamente—. Quedará aquí con su amigo para recordar su fracasada traición.

—Carrell me mostró los primeros síntomas de la mutación —explicó Wilden.

—¿ Qué ?—gritó Kranler, parado en seco.

—Vino a decírmelo, y ello me decidió a huir.

—Pensaste bien. Pronto nos hallaremos lejos de esta asquerosa trampa. A pesar de ello, siento no poder contemplar a Carrell haciendo piruetas convertido en simio.

—¡ Kranler, por favor !—le rogó Wilden, molesto.

—No hablemos más de ello. Entremos en la nave.

Cerraron la compuerta. A través del transparente pudieron contemplar al grupo formado por seis hombres que no podían llegar a tiempo para

impedirles la salida. Entre ellos, Wilden reconoció a Carrell y Denisson que agitaban los brazos con desesperación. El último hacía ostensibles movimientos con la mano, agitando la bolsa que contenía los informes conseguidos.

—¡ Al diablo con ellos ! —exclamó Kranler despectivamente—. Con la placa de itinerarios podrán enviar desde la Tierra científicos que recojan todo eso. ¿ Dispuesto ?

Mudamente asintió Wilden frente a los mandos. Ahora, una vez calmada su excitación anterior, comenzaba a asaltarle un angustioso arrepentimiento por la acción cometida con Carrell. ¿Cuál sería el final de este hombre... ?

La voz de Kranler le distrajo en sus pensamientos:

—¡ Atento ! ¡ Contacto !

Apenas notó Wilden la sacudida; ni cuando la brutal tensión de la atracción fue vencida. Permanecía insensible, ajeno a todo lo que no fuera la aplastante, la agobiante sensación de haber sido un traidor. Un sucio y repugnante traidor para con Carrell.

* * *

El vuelo de la «Nidya» iba realizándose con normalidad absoluta. La indudable ventaja de las astronaves tipo «SL» de gran radio, consistía en poder regresar de cualquier punto tan sólo siguiendo la línea dejada en los cuadros de itinerarios. Los automáticos electrónicos marcaban la ruta seguida anteriormente. Cualquiera que fuese podía ser seguida fielmente guiándose por las líneas luminosas marcadas en el cuadro.

Wilden hallábase como atontado. Aún su cerebro no se había recuperado de aquel acceso de locura que le afectó como un mazazo. Accionaba en los mandos de una manera inconsciente, automática; más por disciplinado instinto que por normal funcionamiento de su consciente.

Kranler le secundaba en la tarea, relevándose con él. Eludía en absoluto hacer mención a nada de lo ocurrido en Tenya, y su escasa conversación se reducía a las frases imprescindibles relativas al vuelo.

Ya habían surcado las zonas inexploradas y comenzaban a adentrarse en la conocida galaxia de la Línea Divisoria.

Las familiares constelaciones trajeron a la débil mente de Wilden añoranzas inconcretas de sensaciones deseadas. Estaba frente al cuadro de mando mientras Kranler descansaba. Este último había mostrado hallarse extremadamente cansado y había pedido a Wilden ser relevado.

En aquella especie de laxitud que le embargaba, Wilden no sentía otro cansancio. Dejaba transcurrir las horas y los días sin llevar cuenta de ellos.

Oyó los pasos de Kranler, que quedaron detenidos al llegar a la compuerta de entrada.

—¿ Te sientes mejor ?—interesó sin volverse.

No recibió respuesta inmediata. Únicamente llegó hasta él la fatigosa respiración del otro.

—¿ Qué te... ? ¡ Oh !

Al volverse para preguntar a Kranler quedó inmovilizado por el horror. ¡ En la cámara de mandos encontrábase un monstruo, mitad hombre y mitad antropoide !

Vestía el traje espacial de Kranler, pero, al ser más corpulento, el tejido habíase rasgado, mostrando un espeso y crecido vello a través de las roturas. ¡Era Kranler ! De ello no tuvo duda el horrorizado Wilden.

—¡ Kranler !—llamó desgarradoramente.

El monstruo lanzó un escalofriante aullido que hizo retemblar la cabina. Avanzó unos pasos titubeantes, y quedó de nuevo detenido mirando fijamente a Wilden.

—¡ Kranler ! ¡Kranler ! ¿ Me reconoces ?—le preguntó éste, descompuesto.

Aquel ser horrendo adoptó una actitud agresiva. Fue agazapándose lentamente, como disponiéndose a saltar, mientras sus potentes garras se crispaban en un siniestro movimiento de presa mortal. Y las temibles fauces, al mostrar los formidables colmillos, dejaron resbalar una baba sanguinolenta.

Inesperadamente, con fulminante velocidad, el monstruo prendió un tablero y lo lanzó violentamente en dirección a Wilden. Este pudo esquivarlo milagrosamente, pero oyó a sus espaldas el terrible estrépito que produjo en los cuadros de mandos.

Y a partir de entonces, la cabina fue mudo testigo de la más espeluznante lucha que pudieran contemplar ojos humanos.

A los desesperados gritos de Wilden, intentando ser reconocido, respondían los espantosos aullidos de la bestia persiguiendo al hombre para aniquilarlo.

Fueron segundos de pesadilla, y, mientras, la «Nidya» surcaba el espacio a velocidad meteórica.

Cuando Wilden, acorralado y sangrante, amenazado por inevitable muerte, empuñó la pistola y disparó en un incontrolado espasmo de terror, ya la nave encontrábase próxima a la estrella azul conocida por Tierra.

Y las ondas de todas las «Beyes» transmitieron el informe a la Base General de que la astronave «Nidya» regresaba de su misión.

CAPITULO XIII

LA SOMBRA DE CARRELL

Aproximadamente un año después, Wilden navegaba rumbo a una isla cualquiera del Pacífico, destinado a una «Beye» como oficial superior.

Había elegido aquel medio para trasladarse, en lugar del avión que hubiera podido dejarlo allí en pocas horas, impulsado por un maligno deseo de apurar hasta las heces la copa de amargura que le había tocado en suerte. Igual que Carrell.

Sentado en la toldilla de popa dejaba vagar la imaginación, rememorando los hechos que le llevaron a su actual situación. A escasa distancia de el, mostrando una indiferencia que ya a Wilden no le causaba malestar, el oficial de servicio hacíase el distraído ignorando su presencia. Lo mismo que hacían todos. Indiferencia y desprecio.

Al principio le molestaron aquellas muestras más o menos veladas de desprecio, pero ahora ya no le importaban lo más mínimo. Por lo menos, así lo demostraba a todos. ¿Qué sabían ellos?

Recordó su llegada a la Base General a bordo de la «Nidya», y el expectante recibimiento que le tributaron. Apenas se dio cuenta exacta entonces. Numerosos pilotos y personal subalterno aguardaban su llegada, y, entre ellos, silenciosamente grave, el jefe supremo. Notó el asombro reflejado en los rostros al verle descender solo y vacilante, con el traje desgarrado y manchado de sangre.

En aquella ocasión fue el jefe supremo quien avanzó en largas zancadas hacia el, y casi le abrazó al decirle:

—¡Wilden! Muchacho ¿qué ha ocurrido?

No pudo responderle. La voz le temblaba terriblemente, ahogada por sollozos contenidos.

—¡ Kranler !—pudo al fin pronunciar con voz ronca—. ¡ Kranler ! ¡ Ahí !—y señalaba hacia la nave.

Al rostro del jefe asomó un gesto de alarma. Varios hombres penetraron en el interior de la «Nidya», y a poco volvían a salir llevando entre ellos las tristes piltrafas de lo que en vida fuera Kranler.

Wilden los vio salir como en sueños, y también observó las terribles huellas de los efectos producidos por los proyectiles desintegradores.

—¿ Kranler ? ¿ «Eso» era Kranler ?—indagó, estupefacto, el jefe.

Movió entonces Wilden la cabeza afirmativamente, sin notar que los

rostros más cercanos denotaban duda mezclada a la burla.

—¿Y Carrell ?

—Quedó... allí... por propia... voluntad—tartamudeó Wilden.

Hubo unos segundos de sorprendido silencio. Después, el jefe supremo murmuró algo en voz baja que Wilden no pudo oir. Ni oyó el comentario que brotó del grupo.

—Le creía más inteligente para mentir. Ha vuelto solo, como hizo Carrell—dijo uno.

—Hizo bien si eliminó a Carrell, se lo merecía—musitó otro—. ¡ Pero a Kranler...! ¡ Pobre chico !

—Y cuando el jefe le pasó el brazo por la espalda, y le condujo, aturdido como estaba, hacia el vehículo que aguardaba, aún exclamó otro piloto, en torno altamente despreciativo:

—¡ Cochinos traidores ! ¡ Sacrifican a sus compañeros por la maldita ambición !

* * *

Llegaron después los meses de tratamientos médicos, recluido en un sanatorio, hasta recuperarse de aquella tremenda crisis nerviosa. Más tarde, el jefe supremo sostuvo con él una entre- vista en privado, donde Wilden diole cuenta de todo lo sucedido.

—Perfectamente—le dijo el jefe, una vez informado—. Todo encaja con lo anteriormente manifestado por Carrell. El también sospechaba algo de todo eso, aunque no llegó a tanto. Vamos a poner en juego todos los recursos de que disponemos para hacernos con ese metal. Puede resultar de un beneficio extraordinario. Una vez sea analizado y se logre anular sus radiaciones dañinas, trasladaremos a Tenya a un grupo de científicos.

Quedó un momento pensativo, y agregó:

—Cuando se halle totalmente restablecido, será destinado a un «Beye» como oficial superior. Su misión será, de momento, intentar de buscar la colaboración de dos hombres decididos y capacitados que le acompañen en una nueva expedición. Los cuadros de itinerarios llegaron destrozados por la lucha, y sido imposible rehacer la ruta; pero usted tal vez logre descubrir de nuevo esa ruta que siguieron anteriormente.

Wilden escuchó en silencio; en el mismo silencio con que tal vez Carrell escuchara palabras parecidas.

—Excuso decirle—continuó el jefe—que esperamos de usted la discreción más absoluta. Nadie, excepto nosotros, ha de saber lo ocurrido. Sería peligroso si cundiera el pánico entre los hombres de las «Beyes». Le queda un duro camino por recorrer, pero confío en su entereza. Carrell supo soportarlo todo con envidiable serenidad. Y su sacrificio no será inútil.

Fugazmente en aquella ocasión, cruzó por la mente de Wilden un

interminable camino formado por rostros despectivos que le llamaban traidor. Reprimió un escalofrío.

La voz del jefe continuó hablándole:

—Ahora iniciaremos una información de puro trámite. Habrá de sobrellevarla con paciencia. Es necesaria, para que los demás comprueben que se abre Una investigación. Finalmente, la anularemos. Y ahora, Wilden, suerte y valor para su misión.

* * *

Sí. Ya todo había terminado. El, Wilden, tendría que seguir los mismos senderos que ya siguiera Carrell. Con la misma estela de desprecios que a él también le siguieran.

El aire refrescaba. Wilden se incorporó, encaminándose hacia el camarote. Al amanecer llegarían a la isla, y allí... Sonrió silenciosamente.

Al día siguiente le despertó el bramido de la sirena. Saltó de la litera y atisbó el exterior. El buque hallábase a la entrada de la gran rada, y en cubierta oíase el ajetreo que precedía a la arribada.

Esperó, sentado en el camarote, a que terminara la operación de anclaje para salir a cubierta. Mas, de pronto, una sonrisa irónica entreabrió sus labios. No. Esperaría allí. Haría al igual que hizo Carrell. ¿Se repetiría la escena? Oyó el top-top de una gasolinera que se aproximaba, cesando el ruido del motor al atracar al costado del buque. Creyó también oír los pasos del recién llegado al saltar a la cubierta metálica.

Esperó. La sonrisa burlona mecíase en sus labios. Instantes después golpeaban suavemente en la puerta del camarote.

—Señor—anunció una voz—; el piloto Medleton ha llegado para recibirle.

Quedó Wilden indeciso. Tentado estuvo de vestirse en un santiamén, y salir. Pero quiso llegar hasta el final.

—Comuníquele que estoy indispuesto. Al anochecer haré mi presentación en el puesto de mando.

—Bien, señor.

Transcurrieron algunos minutos. Nuevamente golpearon la puerta del camarote.

—¿ Quién ?—preguntó.

Fue una voz agradable, joven y bien timbrada, la que respondió:

—Soy el piloto comisionado para recibirle, señor.

—Estoy indispuesto; ya lo he dicho.

—Sí, señor...—la voz titubeó. Igual que la de Wilden en anterior ocasión—. ¿ Podría decirme si es grave...?

Wilden ya no escuchaba. Sabía la conversación hasta el final. El mismo la sostuvo hacía tiempo en idénticas circunstancias. Aquel piloto le

hablaría de la comida de recepción, de que no resultaba agradable a nadie, de que... ¡ Desprecio ! ¡ Desprecio por doquier ! ¡Era un cobarde, ascendido gracias a una traición! ¡ Igual que Carrell !

Prestó atención de nuevo. El desconocido continuaba hablando:

—...lo de la comida.

—¿ Qué comida ?—preguntó Wilden sin haber escuchado lo anterior.

—La recepción, señor—la voz del piloto sonó ya francamente irritada —. Le he comunicado —repitió, molesto—que habrá de suspenderse lo de la comida, por hallarse el jefe de la base... indispuesto también.

Hasta él mismo Wilden quedó sorprendido de la risita irónica que brotó de su garganta.

—Bien; quedo enterado—replicó—. ¿ Cuál es su nombre ?

—Piloto Robert Medleton, señor—le respondieron con seco acento.

—Gracias. Puede retirarse.

Cuando los pasos del piloto alejábanse por la cubierta, Wilden se arrojó de pronto sobre la litera ahogando un sordo sollozo. Era el ronco y siniestro quejido que brota del pecho del hombre que no sabe llorar. Pero pronto pasó aquello. Incorporándose, llegó hasta la puerta del camarote y la abrió.

Los primeros albores del día teñíanlo todo de un tinte anaranjado. Ligeras nubecillas sonrosadas parecían enviarle su saludo. A lo lejos, la isla aparecía corno un extraño mundo surgido de las aguas.

Y entonces, Wilden, al contemplar todo aquello, sintióse poseído por un ímpetu maravilloso.

Porque a través de aquella infinita grandeza, le pareció que le llegaba la sonrisa alentadora de Dan Carrell, el hombre que se hallaba sumido en la tenebrosa noche de un mundo invisible. La sonrisa de un hombre que sabía sacrificar, sencillamente, el honor y la vida, por el bien de un mundo, de un amigo o de un amor.

F I N

I N D I C E

Págs.

y pasatiempos, seleccionados para diversión y recreo de los lectores.

UNA PUBLICACION CREADA

Para alegrar y divertir

¡QUE HA CONSEGUIDO SU OBJETIVO!

Léala y será de los nuestros.

Usted es terrícola. Cree en la eternidad de la Tierra. Espera, porque así ha ocurrido durante milenios, que el planeta que habita perdure siglos y más siglos. Pero...

¡LEA NUESTRO PROXIMO NUMERO!

LA ONDA INVENCIBLE

No le diremos que tiemble, aunque... ¡Prepárese para una emoción demoledora! Usted, que gusta de las obras elegidas de «science-fiction», ya conoce la terrible e impresionante pluma de

JOE BENNETT

Se lo advertimos. Pronto adquirirá una novela de anticipación futurista distinta a todas, más apasionante que ninguna... ¡ESTREMECEDORA POR SU EXPLOSIVO CONTENIDO! Una obra vigorosa y audaz. ¡IRRESISTIBLE!

LA ONDA INVENCIBLE

será presentada con justo clamor por el gigante de las Colecciones fantásticas

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. Precio: **6** pesetas